LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas.	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18 »	10 »
Portugal.....	7.720 reis.	3.800 reis.	2.100 reis.

AÑO XV.—NÚM. VI.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 25 de Febrero de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Americas..	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por D. Cárlos Ochoa.—Fuenterrabia: su situacion, sus recuerdos y sus glorias, por don Miguel Rodriguez Ferrer.—El conde de Cheste, apuntes biográficos, por X.—Las palomas mensajeras.—La despedida.—Proclamacion del emperador de Alemania.—El Carnaval, por don C. Frontaura.—La fe del amor, novela (continuacion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Album poético: La gloria militar romana, por don Enrique de Saavedra, duque de Rivas.—Crítica literaria: Breton de los Herreros, por don Jerónimo Borao.—En las trincheras.—Destiladora de granos por la sacarificacion ácida.

GRABADOS.—Llegada á Paris de una paloma mensajera.—Despedida del soldado.—Retrato del conde de Cheste.—En las trincheras de Paris.—Proclamacion de Guillermo I, emperador de Alemania. El Carnaval en Madrid: ayer y hoy.—Fábrica destiladora de granos, por los ácidos: planta baja y seccion longitudinal.

LA GUERRA.—LLEGADA Á PARIS DE UNA PALOMA MENSAJERA.

REVISTA GENERAL.

Madrid 22 de Febrero de 1871.

Un nuevo crimen, esta vez afortunadamente frustrado, ha venido estos dias á contristar el ánimo de todas las personas honradas y que tienen en algo el decoro de nuestro país. En la madrugada del domingo último, retirándose á su casa el señor don Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, acompañado de su amigo el señor Hernandez, por la calle de San Roque en direccion á la del Pez, unos hombres que estaban escondidos á la sombra de un portal le dispararon algunos tiros, marrando milagrosamente el golpe, pues tanto el señor Ruiz Zorrilla como su compañero, salieron del todo ilesos. El señor Hernandez persiguió á los asesinos, que huyeron en direccion á la calle de la Luna en una de cuyas casas hubieron de ocultarse, sin que hasta el momento en que escribimos estas líneas haya sido posible dar con ellos ni averiguar cosa alguna que sepamos de tan alevoso atentado.

Triste y vergonzoso seria que siguiese pesando sobre él por mucho tiempo la impenetrable sombra que todavía cubre al de la noche del 27 de Diciembre último, más funesto en sus consecuencias, pero no por eso más odioso y criminal en el intento: son dos atentados gemelos. Con razon se inquieta la opinion pública, no tanto por efecto de estos reiterados actos de barbarie, como en vista de la impunidad en que por desgracia van quedando, y que revela un vicio fundamental en las bases mismas de nuestra administracion de justicia. La policía preventiva no existe realmente entre nosotros, y nada hay sin embargo más necesario en toda sociedad medianamente organizada. Que en una gran poblacion como Madrid haya un asesino, ó diez, ó ciento, malo es, pero nada prueba en punto á la moralidad general de esa poblacion. La existencia de esos asesinos, como la de otro gran número de criminales en más ó ménos alto grado, es un mal inevitable por desgracia en toda numerosa aglomeracion de hombres. Doce no más eran los apóstoles, y entre ellos se deslizó un malvado: ninguna sociedad es responsable ni puede ser acriminada por la depravacion individual de uno ó unos pocos; pero lo que arguye grandemente contra ella es la impotencia para ponerse á cubierto de sus audaces tentativas. A perfeccionar el ordenado conjunto de precauciones al efecto debe tender toda buena administracion, y no hay duda que á la nuestra le falta mucho que andar por este camino.

La cuestion de los generales que se han negado á prestar juramento al rey, ha compartido con la circular del ministerio sobre las próximas elecciones, el honor de ocupar á la porcion política de los corrillos que de una manera permanente bullen y se agitan en las anchas aceras de la Puerta del Sol y de la Carrera de San Jerónimo. No hay para qué decir que la conducta de los primeros y el lenguaje enérgico de la segunda, son juzgados con mucha variedad, pues sabido es que Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres: pero creemos que sea opinion bastante general, en el primer punto, que en los que ya han jurado la Constitucion vigente, parece escrúpulo un tanto exagerado resistirse á admitir y jurar una de sus naturales consecuencias; y en el segundo, que si realmente el gobierno mantiene su propósito de no dejarse arrollar por la anarquía sin salirse de la legalidad, obrará como un santo.

Mucho se ha hablado tambien en esos corrillos, y siempre con la variedad consiguiente, del interrumpido viaje de la reina por graves motivos de salud, que afortunadamente parecen haber perdido toda su gravedad. Acometida S. M. en Alassio de una calentura que se temió pudiese ser de carácter maligno, hubo de detenerse allí, y con este motivo se retrasó tambien la salida de Madrid del rey con los ministros que debian acompañarle: de aquí los comentarios, por ignorarse todavía entre el público los detalles circunstanciados que luego nos ha ido dando la *Gaceta*. Lo esencial es que S. M. está ya fuera de todo peligro, y de ello nos felicitamos cordialmente; pero su llegada á Madrid no podrá ménos de retrasarse bastante á consecuencia de este desagradable incidente.

El vistoso espectáculo de las máscaras callejeras, que no obstante la triste solemnidad del dia continuaria hoy amenizando nuestras calles á no ser por la imprevista nieve que está cayendo en este instante, es otro tema fecundo de conversacion entre la gente desocupada. Coméntase su mayor ó menor animacion y se compara con la de otros años, deslizándose hasta en estas carnavalescas apreciaciones el maldito espíritu de partido. Hay quien supone que la gente está hoy más alegre que nunca, y quien afirma que nadie tiene ya humor para divertirse: la verdad es, á lo que vemos, no segun lo que opinamos (pues en materia de hechos no cabe mucho opinar y hay que aceptarlos como son), que las máscaras este año han estado tan divertidas como en cualquiera de los anteriores; que la gente moza y alegre lo ha pasado muy bien, y la gente triste muy mal, como ha sucedido siempre y sucederá mientras haya hombres y máscaras. Lo que sí puede decirse es que este año han estado favorecidas con un tiempo excepcionalmente hermoso en los dos primeros dias, mediano en el tercero y fatal hoy, que entre nosotros por un antiguo abuso, puede considerarse el cuarto. Añadiremos tambien que esta diversion de las máscaras y su intruso apéndice del Entierro de la sardina no tienen ya la *razon de ser*, como hoy se dice, que tuvieron en otros tiempos de ménos libertad y más difícil expansion, y que naturalmente caminan á su término y acabarán en un plazo no muy largo, como acaban todas las cosas que no tienen razon de ser.

Abundante en bailes de sociedad y teatrales ha sido la semana última y va siendo la corriente. El más brillante entre los primeros ha sido el que dieron en la noche del 15 los señores condes de Karnichy en los elegantes salones de la embajada de Austria: la fiesta se prolongó hasta las cuatro, y estuvo concurridísima y en extremo brillante. Llamó un poco la atencion y fué objeto de bastantes conjeturas, la ausencia de todos los señores ministros y hasta de los subsecretarios: vimos, sin embargo, entre otras personas importantes de la situacion al ex-ministro señor Figuerola, al señor duque de Tetuan, á los señores Valera, vizconde del Cerro y Millan y Caro, de quien oimos decir que iba en representacion del señor ministro de Estado.

En la noche del sábado dió uno de sus lindos bailes anuales con que acostumbra á celebrar el cumpleaños de su graciosa niña, el señor don Cándido Alejandro de Palacios. Tambien allí la concurrencia fué numerosa y lucida. Brillaban entre las damas, á más de la amable señora de la casa, la condesa de Puñonrostro, la jóven duquesa de Castro Enriquez, las señoras y señoritas de Gomez de la Serna, de Perez Hernandez, de Lopez Borreguero, de Fonseca, de Pardo, de Melchor, de Martin, etc. Entre los caballeros se distinguian no pocas ilustraciones del foro, la política y las letras.

Con motivo de las graves noticias llegadas de Alassio en la noche del domingo y durante todo el lunes, el señor ministro de Inglaterra y su señora tuvieron el buen gusto de suspender el baile que para aquella misma noche tenian anunciado, comunicándolo á sus numerosos amigos en una tarjeta concebida en estos términos: «Mrs. Layard no recibe esta noche á consecuencia de la grave enfermedad de S. M. la reina.» Posteriormente hemos sabido que el baile se aplaza al sábado próximo. Á pique estuvo de aplazarse tambien por la misma razon el brillantísimo que dió anoche el señor general Sickles, ministro de los Estados Unidos, y del que á las cinco, hora en que terminó el cotillon, se retiraba la mejor sociedad de Madrid, lamentándose de la *brevedad* de la fiesta. Este es su mejor elogio.

El sábado se bailó tambien en casa de los señores marqueses de Barzanallana, el martes en la de los marqueses de Bedmar, y el lunes hubo representacion dramática en la artística mansion de los señores de Escosura, donde se estrenó una comedia del señor don Antonio María Segovia, magistralmente interpretada por la familia y algunos amigos del ilustre académico.

Y basta por ahora de fiestas y diversiones, pues la palabra académico nos recuerda un triste suceso ocurrido en estos últimos dias; tal es la dolorosa pérdida que ha experimentado la Academia Española con la muerte de su respetable individuo don Pedro Felipe Monlau, que lo era tambien de la de Ciencias morales y políticas y de la real de Medicina, autor de numerosas obras, algunas de texto, y todas sumamente reputadas. La última que dió á luz, pocos meses há, fué un utilísimo *Vocabulario gramatical de la lengua castellana*. Hemos oido decir que el señor Segovia, amigo íntimo del señor Monlau y que le presentó para individuo de la Academia, es el encargado de escribir y leer á la misma la *Memoria necrológica* que, segun práctica de la docta corporacion, ha de preceder siempre al ingreso del nuevo individuo reemplazante. Si como creemos se publica en las Memorias de la Academia, daremos en su dia una idea de ella á nuestros lectores. Y con este motivo les diremos que todas las probabilidades de reemplazo del señor Monlau en la silla académica parecen hoy favorables al distinguido catedrático y eminente orador don Emilio Castelar.

Otras dos tristes nuevas tienen que figurar hoy en nuestra revista: el fallecimiento ocurrido hace ya algunos dias del general don Martin Rosales, persona tan conocida como universalmente apreciada en Madrid y en los varios puntos en que dignamente ejerció importantes cargos militares; y el del conocido diplomático y antiguo diputado don Eusebio de Salazar y Mazarredo, á quien tanta nombradía ha dado en Europa y América su personal intervencion en sucesos de inmensa trascendencia en el antiguo y nuevo mundo. El señor Salazar y Mazarredo entregó su alma al Criador el pasado lunes, despues de una larga y penosísima enfermedad. Era hombre de vasta y muy variada instruccion, recomendable por todas las prendas que constituyen un buen caballero, y sobre todas ellas por un exaltado patriotismo, causa y raíz sin duda de las graves complicaciones diplomáticas que nos trajo con nuestros antiguos hermanos de América.

Algun movimiento ha habido estos dias en el alto personal de la administracion. Prescindiendo del cambio de varios gobernadores de provincia, cosa natural y corriente en tiempo de elecciones, debemos recordar el nombramiento del nuevo capitan general de Castilla la Nueva, señor general Bassols, y el del general Alaminos para la capitanía general de Aragon. En Hacienda ha pasado á la direccion del Tesoro el entendido director que era de contabilidad, señor don Mariano Cancio Villa-amil, y á reemplazarle en este importante cargo ha entrado el señor don Félix Bona, uno de nuestros más sábios economistas.

Poco nuevo en Europa, ó más bien todo interés local eclipsado por el interés inmenso de la cuestion franco-prusiana. Ya el telégrafo nos ha traido, con la nueva de la prolongacion del armisticio, la composicion del nuevo ministerio francés formado por monsieur Thiers, jefe del gobierno ejecutivo, que se ha dado á la nacion vecina con el solo objeto de ajustar la paz, si es posible, y que ha sido bien recibido por la Asamblea. Lo componen los señores Thiers, presidente sin cartera; Julio Favre, Negocios extranjeros; Dufaure, Justicia; general Le Fló, Guerra; Pothuau, Marina; Picard, Interior; Julio Simon, Instruccion pública; De Sarcy, Obras públicas, y Lambrecht, Comercio y Agricultura. La cartera de Hacienda se ha ofrecido á M. Buffet, y no consta aún su aceptacion.

La mision del nuevo gobierno es, como hemos dicho, hacer la paz, levantar el espíritu público y prepararle al mismo tiempo á la inevitable necesidad de grandes y dolorosos sacrificios; ya lo ha declarado así á la Asamblea M. Thiers con su habilidad y patriotismo innegables. Este ilustre hombre de Estado es hoy la esperanza de Francia y el blanco de las miradas de Europa. ¡Duro trance por el que está pasando la nacion vecina! No ofrece otro más amargo su historia al decir del gran historiador de su Revolucion, Casandra del imperio en los fatales dias de su embriaguez guerrera, que con tantas lágrimas, sangre y tesoros está pagando Francia. Los diputados pala-

ciegos y *traineurs de sabre*, que en son de mofa le gritaban que se marchase á Coblenza cuando en la Cámara se oponia elocuentemente y con poderosas razones á una guerra para la que el pais no estaba preparado, lo que valia tanto como llamarle prusiano, ó más bien traidor y vendido al enemigo, deben estar hoy ufanos de su perspicacia y raro espíritu de justicia. No hay que dudarlo: los diputados que van á recibir órdenes á las antesalas ministeriales son gente que caza largo: la nacion puede hundirse á consecuencia de sus dóciles votos; pero ellos rara vez dejan de quedar á flote y de consolarse de la comun ruina en tierra extranjera, pasándolo grandemente y hasta fundando periódicos en que defenderse y ofender. Otros toman la cosa más por lo sério. M. Emilio de Girardin, uno de los hombres que más funesta influencia han ejercido en la cuestion de la guerra con Prusia, el que se proponia echar á los prusianos á culatazos al otro lado del Rhin, el falso profeta de *La Victoire*, ha resuelto, dicen, emigrar á los Estados-Unidos, y hasta hacerse ciudadano de la Union. ¡Nueva calamidad para la desgraciada Francia!... M. de Girardin la abandona á su suerte, y ella se compondrá como pueda. ¡Ingrata patria, no tendrás sus huesos!

En cambio,—débil compensacion,—los principales gobiernos de Europa se han apresurado á reconocer el nuevo gobierno francés, en señal sin duda de su ferviente anhelo de que se realice pronto la suspirada cuanto ya necesaria paz. Al primer anuncio de la constitucion de la Asamblea y de la instalacion del poder ejecutivo, nuestro gobierno envió cerca de él con carácter de embajador al señor don Salustiano de Olózaga, cuya llegada á Burdeos han anunciado ya los periódicos. La conservacion del carácter de *embajada* á la mision que el antiguo diplomático va á desempeñar en Francia, ha parecido generalmente una discreta manera de *menager*, como allí se dice, el legítimo amor propio de una nacion, que no por ser hoy muy desgraciada es ménos grande.

Van, pues, á comenzar sériamente, gracias á Dios, las negociaciones para la paz.

CÁRLOS DE OCHOA.

FUENTERRABÍA.

SU SITUACION, SUS RECUERDOS Y SUS GLORIAS.

Su posicion pintoresca.—Aspecto de sus grandes ruinas.—Cotejo de su poblacion antigua con la nueva.—Su fortificacion, su alcázar y su fortaleza.—Su iglesia principal, sus restos arqueológicos, y un histórico billete.

Cuando al amanecer del 26 de Agosto del corrido año (1870) abandonaba muy tranquilo el retiro de mi granja cerca de Villa-Real de Álava, cuyo pueblo atravesé sin advertir el más leve indicio de movimiento ni de insurreccion alguna; muy léjos estaba yo de pensar, que en aquella noche se iban á representar allí y en Aramayona, á donde me dirigia, los tristes sucesos, por los que ya hoy se han derramado muchas lágrimas, á pesar de su solucion rápida, y la mejor posible, porque nada hubiera sido peor que una nueva guerra civil con sus tremendos horrores. Pero quiero olvidarme aquí de este incidente y de esta repeticion de nuestras tronadas políticas, de este destino adverso de nuestra amada patria, que apenas cuenta en lo que llevamos de siglo más que breves pausas en que no haya sentido el influjo de estas perturbaciones, de las que he participado ahora hasta en alguna de las excursiones de que voy á hablar, pues en una de ellas fuí sorprendido oyendo á lo léjos el pavoroso eco del tiroteo de Oyarzun, cuyas descargas se hacian hermanos contra hermanos, liberales y carlistas.

De todo esto prescindiré, y así como deseaba en tales dias olvidarme de la política, para no pensar sino en paisajes, antigüedades é historia; tampoco me ocuparé aquí de otra cosa que de la poblacion de Fuenterrabía en la provincia de Guipúzcoa, de esta interesante localidad, que sin importancia internacional hoy, la tuvo grandísima en los pasados tiempos; de la ciudad que, siendo un monton de ruinas al presente, fué poblacion distinguida y plaza fuerte en lo pasado, por más que hoy sólo la formen algunos propietarios é industriales en la parte antigua, y humildes pescadores en la nueva. ¡Gran contraste, por cierto, para cuando guerrera y aristocrática un dia, entregaban sus alcaldes los duros mejicanos de su fortuna para tirar balas de plata á sus enemigos los franceses! ¡Para cuando se levantaban las ostentosas casas que hoy sólo dejan ver sus blasones entre la hiedra que entapiza sus destrozos, y cuando sus habitantes adquirian, en fin, por el valor y la nobleza de sus hijos, aquellos títulos que hoy todavía lleva de *Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa* y *Muy Siempre Fiel, ciudad de Fuenterrabía!* Pero entremos en materia.

Son tan pintorescas las vistas y los paisajes que se descubren desde cualquiera de los diferentes puntos de esta poblacion, como es oscura y severa la perspectiva que ella de léjos presenta con sus tejados apiñados hácia la antigua fortaleza, y sus ruinas y vetustos muros, ya se observen desde el tren, ó desde sus riberas fronterizas de Francia y España. Hoy la une á la estacion de Irun una cómoda carretera sobre terrenos en que no hace mucho anclaban en algunos puntos, buques de importancia, y es grande tambien el contraste que presenta su pardo é imponente aspecto, con la riente perspectiva de esta llanura nivelada hasta hace poco por las aguas, y desalojadas hoy por la industria y el trabajo del hombre, para ofrecer una de las vegas más hermosas y feraces en que el maiz ó *trigo de Indias*, segun en un tiempo se dijo, toma tanta ó mayor altura, que la que le he visto en América, su primitiva patria (1).

Cuando yo un dia participé por primera vez allá en pasados años de este y otros de sus contrastes; cuando despues me situé tras de su parroquial y descubrí el grandioso panorama que allí alcanza la vista, viendo á un lado el mar y al otro el gran círculo de sus cumbres que forma el anfiteatro de sus montañas; por el centro, las dos verdosas riberas de dos grandes pueblos, y por su medio el fecundante y rico Bidasoa (2), y como gran línea que este paisaje corta, la nueva vía férrea y su gran puente internacional, sobre el que ondean con frecuencia los grandes plumeros que forma el humo de sus cruzantes locomotoras; confieso, que al observar este conjunto, al contemplar esta majestad y esta belleza á la vez, la inmovilidad de los montes y la vida de las olas; el mar que socaba las cumbres á la izquierda, y los perfiles de la vega y las suaves ondulaciones del rio á la derecha; al admirar todo esto, repito, mi cálculo no se pudo sobreponer á mi imaginacion, y compré, de allí á poco, en aquel punto mismo unos solares en que pensé edificar un albergue donde disfrutar algun dia de su encanto. Pero otras obras rurales ya me tenian esclavo, y mis propósitos han quedado incumplidos, aunque no el haber renovado este año, y por unos cuantos dias, goces tan ideales. Que en Fuenterrabía, tanto el artista como todo hombre sensible los encontrará de esta clase en sus deliciosas perspectivas, en tantas ruinas como tiene allí para sentir, en tantos gloriosos hechos que tiene allí para recordar; y porque en sus multiplicados paisajes se reunen y armonizan todos los grandes efectos que produce en sus manifestaciones la potente naturaleza. Así es, que aquí se goza, no del mar sólo y de la idea de su inmensidad, sino que se confunde con ella la belleza del rio, que desagua en sus olas: no se advierten sólo las montañas y la grandeza de sus moles, sino que se asocia á su sublime espectáculo la cultura de la vega, con el verdor y extension de sus maizales, y la irregularidad de los árboles que ostentan sus caseríos. Y en cada uno de estos objetos, de este ó del otro punto contemplados, se mezclan y varian segun el rumbo de que parte el ojo que las observa; y tantas veces como cambie el punto de su objetivo, otras tantas encontrará la propia mágia del paisaje, pero siempre distinto, sin esa uniformidad ó monotonía que tanto detesta el artista. Mas basta ya de su aspecto general, y pasemos á ver el interior de esta poblacion, que bien merecia las miradas de los que pintan, y la eleccion de los que tienen bastante capital y gusto, y se van, sin embargo, á buscar á Biarriz ó á otras playas extrañas el valioso terreno en que levantar un *chalét*, ó el agitado elemento en que zambullir su cuerpo.

Fuenterrabía, en vascuence *Ondarribia*, playa de mucha arena, bien expresa su vocablo, como casi todos los de esta lengua, la mucha que dejan mar y rio al besarse y juntarse, con su rompiente el uno, con su desembocadura el otro. Pero sobre esta playa se levanta un promontorio, que es uno de los estribos más salientes de la alta y prolongada montaña de *Jaizquibel*, y sobre esta altura colocóse un dia una fortaleza. La iglesia y la poblacion vinieron despues á su abrigo, y las murallas, sus torres y cubos acabaron hace dos siglos por circundarla en su eminencia. Casi inexpugnable, principalmente por la parte del rio, en los tiempos en que todavía el cañon no tronaba, hoy ya tendria la gran desventaja para esta poderosa máquina, de estar á la vez dominada por otras circundantes alturas.

Ya lo conocieron esto personajes tan históricos como el gran duque de Alba, en 1574, quien dijo, «que la plaza era dévil y se devia fortificar»; el Prior, «que todos los remedios que allí se harán (dijo) valdrán poco, y el dinero malgastado»; y don Francisco de Alava y el Frontino, repitiendo este último, «que era flaca, porque el sitio en todas partes es muy favorable al enemigo, y que se habria de fortificar como él tiene trazado.» Esta plaza, sin embargo, fué de mucho interés hasta nuestros tiempos, en que por un tratado internacional fueron desmanteladas, voladas y destruidas, tanto esta fortificacion como la de *Endaya*, su apuesta y fronteriza. Hoy la torre de su templo es el punto mas culminante de su altura, y forma á lo léjos como la cúspide de una gran pirámide, que ofrece el pueblo, sobre el circuito y ancha base que todavía le forman algunos lienzos de sus murallas que han quedado en pié, los destrozos de sus cubos y baluartes y sus calles apiñadas. Pero luégo que se entra en éstas, su tristeza y desolacion es mucha. Calles enteras han quedado reducidas á huertas ó en ruinas sin las casas que las formaban. Exceptúase la *Mayor* ó de Santa María, que arranca desde la entrada principal á la *Plaza de Armas*, y en donde algunas casas modernas, formadas por especulacion, á manera de perforadas grilleras, van sustituyéndose en los solares de las antiguas. En todas las demás, sólo restan paredes en pié, como esqueletos que recuerdan los siglos, el incendio y la guerra.

Sirva de ejemplo de lo primero la afamada torre de *Venoza*. Apenas llegué, en vano comencé á buscar sus ennegrecidos muros, segun la idea que de su antigüedad tenia. El secretario de aquel ayuntamiento, señor Echénagusia, á quien pedí su noticia, tuvo la bondad de dejar su despacho para mostrarme su sitio, haciendome la relacion de su reciente venta para construir las dos casas, cuya escritura tuve despues en mis manos, y que se han levantado dentro del solo espacio que ocupaba este nobilísimo solar, ofreciendo una de ellas el mejor establecimiento de géneros y comestibles que hoy tiene Fuenterrabía. Por fortuna áun quedan para recuerdo de los aficionados, las propias piedras de sillar que formaban el ángulo ó esquina de esta torre armera, como se rastrean entre la propia calle Mayor al Oriente, y la llamada hoy calle *Fuentes* y *Gorgot* al Sur, teniendo al Oeste la de *Pampinot*, y al Norte otras casas de la calle Mayor. Pues bien: al abrigo de estas piedras vieron la luz de este mundo aquellos vástagos de esta ya casi extinguida familia, fieros y encumbrados entónces, cuando ya desde 1463 alojaban en tal torre á Enrique IV, estaban en gran predicamento con sus sucesores, dejaban nombre por sus proezas; y cuando más tarde daban confesores á los Reyes Católicos, y generales distinguidos de sus dos armadas á los Cárlos y Felipes de Austria. Mas ¿qué dirian hoy, si levantándose de sus tumbas buscaran los pardos lienzos de su torre, apenas agujereados con sus ventanitas de arcos apuntados

(1) Otro observador de la nacion vecina ha dicho con este motivo: *Le terrain enrichi par les alluvions de la Bidassoa, produit du maïs dont les tiges s'élevent souvent jusqu'a deux mètres de hauteur.*

(2) Hace siglos que la pesca de sus salmones le viene dando gran nombradía, y en el presente año de 1870 ha sido más notable que en otros su extremada abundancia.

LA GUERRA.—DESPEDIDA DEL SOLDADO.

y gemelos, y vieran lo blanco de sus paredes, y sus mezquinos y uniformes balcones? ¿En dónde encontrarian el gran arco tan bien apuntado de su entrada, sustituido hoy por dos puertas cuadradas y pequeñas, y más de tres habitaciones sobrepuestas en el espacio que tal vez ántes ocuparan sólo su portal y escalera? ¿Cómo comprenderian la delgadez de sus muros de hoy, para defenderse de los asaltos y asedios domésticos de sus tiempos de ayer?...

De tan remotos dias (siglos XII y XIII) sólo otra casa existe: la de *Echeveste*. Llamada *la del Obispo*, es preciso ir á buscarla á un paraje, hoy sin salida y de desagradable aspecto: pero su fachada casi completa, su característica escalera, su esquinero escudo y el particular color que le han dado los siglos; todo predispone á cierto pensar indefinido sobre el tiempo y la humanidad, ante cuya sucesion de generaciones el alma se anonada. El pintor ó el dibujante, al ménos, debian ya copiarla ántes que su ruinoso estado sea más completo, pues que á su imágen se revela toda la época de fuerza de los que la levantaron y por entónces vivieron.

Pero en donde se encuentra una construccion civil muy caracterizada, perteneciente á tiempos más posteriores, á los siglos XVI y XVII, es, sin duda, en las muchas casas que todavia se conservan en el recinto antiguo de esta ciudad. Aunque alteradas, reconstruidas y remendadas las más, todavia se ven varias, ostentando sus aleros salientes y artesonados que cubrian sus balcones sobre tallados canes y entre los dos cuerpos salientes en que se encajonaban. Mas ya nada se ve por completo: el cañon y el incendio todo lo han barajado con los años. Sólo una cosa ha quedado imperecedera: la gloria de tantos nombres, cuyas cunas han rodado dentro de ellas, como los de *Machin de Arzu*, famoso homlare de armas de Alonso X en 1280; los de *Azcué*, héroes en San Marcial en 1522; *don Juan Nuñez de Palencia*, una de las grandes figuras de Lepanto en 1571, á quien Sanchez Silva califica de gloria inmortal; *Sandoval*, el benéfico é ilustre arzobispo de Sevilla; *don Diego de Butron*, héroe esclarecido del inolvidable sitio de 1638; *Zubiaga*, gloria nacional por su valerosa defensa de la Guaira y Puerto-Cabello en 1740; y por último, en nuestros mismos dias, *don Bernardo Goenaga*, el primer premiado en la batalla de Tetuan en 1860, cuya mano hemos tenido la honra de estrechar. Pero dejemos ya la poblacion y sus casas para echar una rápida ojeada sobre sus fortificaciones y central fortaleza.

Esta última se componia de dos partes: del alcázar y fortificacion antigua, cuyas ruinas se ven por la parte Este frente al rio y costa francesa, y la más moderna que se levanta sobre la plaza de Armas. La primera puede remontarse á la época goda (1): la segunda es obra reconstruida parte, y parte hecha de nuevo á mediados de los siglos XVI y XVII, y del tiempo de los Reyes Católicos y Cárlos V, desde cuyos reinados se vinieron aumentando y perfeccionando varios de los muros de esta plaza, sus cubos y fuertes. En efecto: los primeros apuntes que de estas fortificaciones se encuentran en el archivo de Simancas copiados en 1844 por la Direccion del cuerpo de Ingenieros, y de los que acabo de proporcionarme los más curiosos, no se remontan más que al año de 1574, como ya dejo apuntado, y al de 1581. En la primera fecha, ya aparece que el *Frontin* ó *Frontino*, maestro de esta clase de obras, y como *Expanochi*, extranjero, se remitia á cierta traza que habia dado para hacer de nuevo toda su muralla. En la segunda fecha, ya se encuentra una carta de *Tiburcio Expanochi*, á 20 de Noviembre de 1580, en que manifiesta haber levantado plano y perfiles de Fuenterrabia y terrenos inmediatos con su corte, aunque sin aparecer los planos; y ya en 1594 el *Consejo de Cantabria* proponia á Felipe II que pasara allá *Tiburcio Expanochi*, y que de acuerdo con don Juan Velazquez, formase sus trazas y diese su parecer, á lo que el severo Felipe decretó: «Está bien que halla Tiburcio y asi se le ordene y sea al tiempo que menos falta pueda hacer en lo de Jaca que será agora en Invierno.» Pues bien: desde esta época hasta casi mediados del siglo posterior (1642) duraron los pareceres y los trabajos principales de esta plaza, segun consta de carta copiada por mi de Diego Butron, alcalde de dicha ciudad, y en los que estaban inclusos los de haberse cerrado el palacio «con bóveda cubierta con su losadura engrosándola de mamposteria hasta cinco piés, para librar los víveres del riesgo de las bombas;» enumerado sus varas de piedra labrada y otros pormenores de su razon; trabajos en los que por muchos años estuvo encargado por el monarca y Consejo de Cantabria, el Padre Francisco Isasi; como el jesuita Claudio Ricardo fué más de una vez consultado para las fortificaciones de San Sebastian y su ciudadela de la Mota, segun el parecer que, firmado por él propio, he visto y copiado (1).

Pero volviendo á sus actuales ruinas y á las especiales de su antiguo alcázar, que miran hácia la frontera francesa, todavia se pueden advertir en estas, dos ventanas de rosetones ojivales que darian luz al salon principal del antiguo alcázar, y en el que resonó sin duda la voz del Rey Católico, de Cárlos V y otros reyes anteriores que este alcázar defendieran ó visitaran. Aun se pueden descubrir en su coronamiento los restos de dos torreones circulares que empotraban esta morada, y de los que el más alto seria la torre del *Homenaje*, en que ondeaba la bandera de los soberanos de Castilla. En la fortaleza que da á la plaza de Armas, no hay nada artístico que contemplar, sino su regularidad, su severidad y la solidez de su mole. Monumento defensivo y de fuerza, nada otrece al ideal sino los caractéres históricos que en su lienzo y cordon han

EL CONDE DE CHESTE.

(1) La tradicion afirma que existia un fuerte ó cubo llamado Wamba.

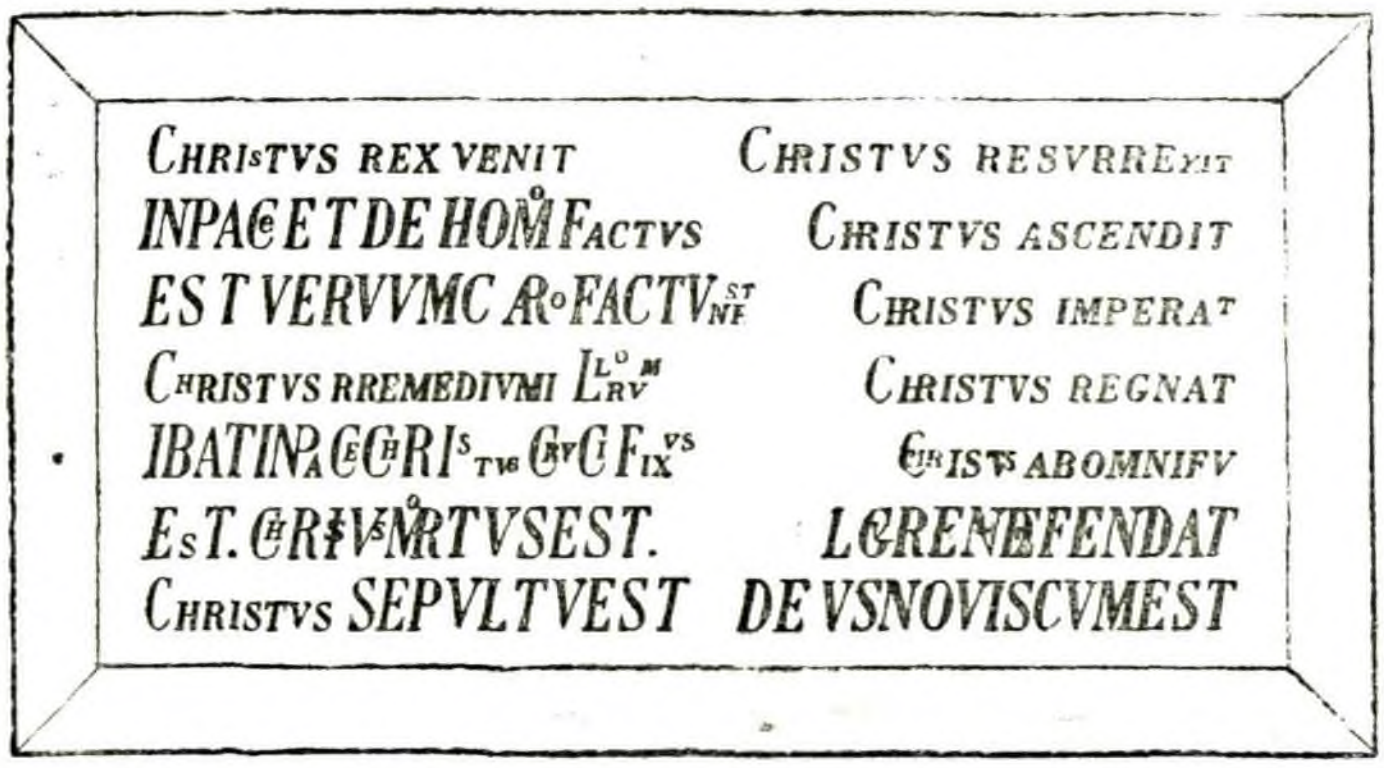
(1) Véanse los tomos I y II del siglo XVI y XVII, seccion 1.ª—Fortificacion, ó sea coleccion de documentos copiados en el archivo de Simancas, que existen en el archivo del C. de Ingenieros, para formar su historia.

dejado escritos las balas de la artillería que en diferentes épocas rompieron y destrozaron sus sillares. Sólo una lápida de piedra blanca se notaba hasta este año sobre su puerta, lápida que con hermosos caractéres romanos recordaba al gran Cárlos V. Hoy la he encontrado en el suelo y reducida á menudos pedazos, pues parece cayó de noche por no estar bien empotrada sobre el muro. Este caseron, donde se alojaba la guarnicion de la fortaleza, con bóveda de silleria, segun hemos visto, estaba llamado hoy á ser la base de una fábrica, de un ostentoso palacio de inmensas vistas, ó debia venir al suelo para dar más luz y alegría á la plaza, levantándose en sus solares unas pintorescas casas: pero su moderno comprador cree que ha adquirido un tesoro de bellezas, y hasta ha enarbolado en él una bandera especuladora que no podrá producirle lo que la explotacion de sus materiales, que son muchos y buenos, descontando el no pequeño costo de su derribo. Porque los recuerdos históricos en todo caso pertenecen, como ya hemos señalado, á las traseras ruinas que miran á Francia. Pero pasemos ya á su cercana y principal iglesia.

Desde que se franquea la puerta principal de este templo llamado Santa María de la Asuncion, ya el alma siente lo bueno y bello de las obras de los hombres. Represéntase aquí este sentimiento en el religioso de nuestros padres, que no concebian la vida pública y privada sin poner el templo, ya al lado del municipio, como en San Anton de Bilbao, ya al abrigo de sus fortalezas, como en éste de Santa María. Respírase bajo sus naves cierta grandeza, que concuerda con la antigua importancia de esta ciudad, cuyas generaciones la levantaron con cierta ostentacion y bello estilo. Éste es gótico florido en su interior, y el arco rebajado de su coro es tan notable por sus proporciones y elegancia, como por algunas de sus figuras caprichosas. Mas si bien se observan los cornisamentos de sus machones, esta iglesia ha sufrido varias restauraciones, y su misma portada exterior es del Renacimiento.

Por dicha para el culto y para el arte, su actual cura y vicario, don José Joaquin Ollo, sabe lo que guarda, y no sólo la cuida y la embellece, sino que no siendo arqueólogo, tiene todos sus instintos, y es el mejor conservador de los objetos antiguos de este templo, por lo que personalmente le felicito, como le rindo aquí este público tributo. Él ha exhibido y colgado en la sacristía tablas y medallones de relieve pertenecientes al antiguo altar mayor que yacian en los sótanos olvidados, y ha colocado otros en los laterales del moderno altar mayor. La antigüedad de estos objetos (tal vez del siglo XIV) hace que sirvan como de piedras miliarias que van marcando en la sucesion de los tiempos los progresos de las artes. Acaso se refieren á época más antigua todavía otros no ménos curiosos de piedra que formaron sin duda los tableros del antiguo púlpito, por haberse conservado otros iguales en el actual, y ya oí de sus labios el propósito de recogerlos y unirlos á manera de cuadro, en cuyo deseo le apoyamos con todo el interés que el arte inspira á sus defensores y aficionados. Pues con este eclesiástico tan activo como amable, ascendí á la techumbre de esta alta iglesia y anduve sobre su tejado, para bajar despues á sus bóvedas y admirar el bosque de maderas que las reservan, á pesar de estar todas formadas de piedra; y al pisar sobre ellas y dejar caer mi vista por un agujero que habia en la del presbiterio para la cuerda de su lámpara, no pude ménos de impresionarme al observar el abismo que se presentó allí á mis pies, y que me pareció tanto más terrible en mi elevacion, cuanto que no se está acostumbrado á medirlo por tales alturas, cual los mónacos y albañiles.

Mas ya que de estos fragmentos arqueológicos me he ocupado, no concluiré este artículo sin consignar el hallazgo de cierta lápida é inscripcion que la constancia de mi hijo don Miguel se propuso descifrar, conservando fielmente los solecismos, entre lo borroso de sus líneas, el lujo de sus abreviaturas y la particularidad de sus caractéres encerrados unos dentro de otros, como ya con limpieza aquí la presentamos:



Lo que vertido al castellano, dice:

Cristo Rey vino en paz, y fué hecho hombre de verdadera carne.

Cristo, remedio de todos, en paz caminaba. Cristo fué crucificado.

Cristo fué muerto.

Cristo fué sepultado.

Cristo ascendió.

Cristo manda.

Cristo reina.

Cristo defiéndanos de todo rayo.

Dios está con nosotros.

Pues esta lápida se encuentra en uno de mis solares, de que ya he hecho mérito al principiar, y está sobre el pórtico del antiguo polvorin de la fortaleza, construido á prueba de bomba, sin haberse descubierto hasta este año por el facultativo don Mariano Lumbier, que mandó limpiar las hiedras que la cubrian y la ocultaban por completo. Y como el polvo y la humedad que recogia han corroido muchos de sus caractéres, esto hizo muy difícil su lectura: pero deletreados unas veces y adivinando otras su sentido, copiando ante la misma sus signos y palabras, mi nombrado hijo la llegó por completo á copiar con la fidelidad que la presento, y esta lápida comprueba lo que ya dejamos ántes asentado. Que para la piedad de nuestros padres no habia obra ni peligro en que no se invocase á la Divinidad bajo la forma de nuestro culto. Porque, hecho el polvorin, preciso era su sancion religiosa, preciso era su invocacion divina, y por ello se grabó esta especie de exorcismo como preservativo contra los peligros del cielo, ó sea de sus exhalaciones eléctricas. El año en que se hizo falta: pero teniendo presente que esta inscripcion contiene parte de un antiguo formulario de la diócesis de Navarra sobre exorcismos, que el propio señor cura Ollo me mostró; por esto y por la buena forma de sus caractéres, se viene en conocimiento que debió haberse puesto allí por los años de 1645 á 1646, en que se concluyeron estas propuestas obras.

En otro artículo me ocuparé de mis excursiones al rededor de Fuenterrabía, y de haber encontrado en uno de sus caseríos á un *descendiente real* de la antigua casa de Navarra, cuando precisamente estaba vacante nuestro trono, en este verano pasado. Mas el candidato ya me manifestó entre su socarrona sonrisa, que preferia mejor seguir tusando sus ovejas (en cuya ocupacion lo sorprendimos) que hacer valer sus pergaminos, que verdaderos y fieles nos mostró, á mi ruego, los del señor vicario y don José Amundarain que me acompañaban. Este incidente, peculiar á estas montañas, y en donde se halla todavía algo de feudal, con otro mucho de nuestra proverbial honra, bien merece un recuerdo extenso en otra segunda parte; pero esto me lo impiden por ahora los más sérios trabajos en que hace tiempo me ocupo en la *Revista de España* con mis *Estudios coloniales*.

Esta parte primera, sin embargo, no la concluiré sin despedirme por hoy de Fuenterrabía, recordándole y popularizándole así, aquel célebre billete que acaba de exhumar un notable literato (1) y que se apresuró á dirigir á su mujer el duque de Medina de Rioseco, cuando el célebre sitio que ya dejo nombrado en 1638. Despues de aquella resistencia épica de sus habitantes á las fuerzas francesas que tan duramente los asediaban y destruian, y cuya memoria inmortal recuerda todos los años aquel ayuntamiento bajo las bóvedas de su iglesia principal, á que este año tuve la honra de ser invitado; cuando el Maestre de Campo, don Domingo de Eguia habia dado tiempo con su serenidad y teson heróico para que aquél llegara á su socorro, llega el duque nombrado, triunfa en recia batalla, y recordándonos, como dice muy oportunamente el señor Ferrer del Rio, el estilo de César en sus célebres *Comentarios*, así escribió á su esposa: «*Amiga, como no sabes de guerra, sólo te diré que el ejército enemigo se dividió en cuatro partes: una huyó, otra matamos, otra prendimos, y otra se ahogó. Quédate con Dios, que yo me voy á cenar á Fuenterrabía.*»

MIGUEL RODRIGUEZ-FERRER.

EL CONDE DE CHESTE.

Don Juan de la Pezuela y Ceballos, conde de Cheste, capitan general de los ejércitos nacionales, ha recibido una órden del gobierno de S. M. para trasladarse á Mahon, en calidad de arrestado, por negarse á prestar juramento de fidelidad al rey don Amadeo I.

Nació el ilustre conde en Lima (Perú), hácia el mes de Mayo de 1810, siendo el octavo hijo de los señores don Joaquin de la Pezuela, primer marqués de Viluma, y doña Ángela Ceballos de Olarría, tan distinguidos ambos por su antigua y calificada nobleza como por sus virtudes públicas y privadas.

Fué nombrado vlrey, en 1816, justa recompensa de sus buenos servicios á la causa de la integridad española, y en 1818 determinó enviar á España á sus dos hijos menores don Juan y don José, á fin de que se educaran en Madrid, bajo la direccion del señor don Ignacio de la Pezuela, el mismo, por cierto, que siendo ministro de Gracia y Justicia habia promulgado el decreto de la Constitucion de 1812.

Don Juan ingresó á poco en el célebre colegio de San Mateo, y empezó á recibir su educacion literaria de hombres tan eminentes como el sabio don Alberto Lista y el profundo humorista greco-latino don José Mamerto Hermosilla: en este colegio fué compañero y condiscípulo de Larra, Espronceda, Ventura de la Vega, y otros jóvenes distinguidos.

Hácia el año 1825 dió Pezuela bien claras muestras de su ingenio, escribiendo una comedia titulada *Las gracias de la vejez*, algunos cantos de un poema llamado *El cerco de Zamora* y otras composiciones líricas que no quiso publicar, pero que fueron muy aplaudidas en los círculos literarios de la córte.

Decidióse á seguir la profesion de las armas, y le

(1) Procesion histórica de españoles célebres de la edad moderna.—Destile de privados, por don Antonio Ferrer del Rio. *Revista de España*, núm. 70.

fué concedido, en 1828, el empleo de alférez de la Guardia Real de caballería, y en el año siguiente, en virtud de un decreto inesperado, el empleo de capitan, y fué destinado primero al regimiento del Príncipe en Almagro, y despues al regimiento de Borbon, que se hallaba en Zaragoza.

Cuando estalló la guerra civil, fué el primer oficial que se presentó al capitan general del distrito, señor conde de Ezpeleta, ofreciéndose á pelear por la bandera de doña Isabel II: recibió el mando de una columna de 200 hombres, y con ellos acometió repetidas veces á las facciones de Conesa, Carnicer y Quilez, persiguiéndolas hasta las asperezas de Beceite, y desbaratándolas en las acciones de Lidon y Villarluengo, por cuyos hechos obtuvo el empleo de comandante y una cruz laureada de San Fernando.

Agregado, en 1834, á la brigada expedicionaria del general Linares de Butron, estuvo en la famosa accion de Lumbier (24 de Abril), en la cual fué rechazado el insigne Zumalacárregui, decidiendo el combate una vigorosa carga que con sus ginetes de Borbon dirigió Pezuela contra los navarros, secundada perfectamente por una compañía de la Guardia Real de infantería, al mando de don Leopoldo O'Donnell, capitan á la sazon.

Pasó despues á las Provincias Vascongadas, y el bravo general don Luis Fernandez de Córdova lo incorporó al Estado Mayor general del ejército del Norte, concurriendo á las acciones de Guevara, Salvatierra, Estella, Montejurra y Arlaban. Es de advertir que don Juan redactaba al mismo tiempo el *Diario de operaciones* del ejército del Norte, por encargo especial que habia recibido del general en jefe.

Despues de asistir á más de veinte acciones de guerra, alcanzó el empleo de teniente coronel, y dimitiendo el puesto que ocupaba en el ejército del Norte, y habiendo sido nombrado jefe de una columna volante, se halló en las batallas de Barbastro y Grá, y fué citado con elogio en la *Gaceta de Madrid* por su brillante comportamiento.

Mas tarde fué destinado á la division que mandaba en el Maestrazgo el general Borso di Carminati, y consiguió la victoria de Cheste, que costó á los carlistas 632 cadáveres y 657 prisioneros. El inepto general Van-Halem, sin atender á las humanitarias protestas de Pezuela y áun de Borso, mandó aplicar á aquellos desgraciados la sangrienta ley de represalias, y fueron fusilados casi todos: Pezuela protestó de nuevo contra aquel acto de ferocidad salvaje, y no permaneció un minuto más á las órdenes de un general que atropellaba de tal modo los sagrados fueros de la humanidad.

Escusado es decir que concurrió al famoso cerco de Morella: mandaba el regimiento de lanceros de Villaviciosa, y en más de una ocasion dió señaladas pruebas de su marcial bravura, llegando á luchar personalmente en una ocasion crítica con don Ramon Cabrera, hasta apoderarse de la capa blanca y boina del célebre caudillo tortosino.

No cabe en este artículo la relacion, siquiera fuese breve, de los actos del conde de Cheste como político leal y consecuente, ni la crítica imparcial y severa de sus obras literarias.

Tomó parte en los acontecimientos de 1841, y en poco estuvo que no sufrió la triste suerte del malaventurado general Leon, huyendo á Portugal, Inglaterra y Francia; volvió á España en 1843, con el general Narvaez, y asistió al combate de Torrejon de Ardoz; fué nombrado mariscal de campo y gobernador militar de Madrid, y elegido diputado á Córtes; director general de Caballería, en 1844; senador del Reino, en 1845; capitan general de Madrid, en 1848, en el acto de haber sido asesinado en la Puerta del Sol el general Fulgosio; de Puerto-Rico en el mismo año, hasta 1851, en que regresó á la Península; de Cuba en fin de 1853...

¿Para qué continuar?—Presentes están en la memoria de todos los españoles los hechos del general Pezuela en estos últimos años, y no es la pasion política el sentimiento que debe guiar las plumas de los redactores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Como literato, el académico don Juan de la Pezuela ha hecho una correcta traduccion, no publicada aún, de la *Jerusalem* del Tasso, y otra mucho más difícil, muy censurada por unos y aplaudida por otros, de los principales poemas del Dante, el ilustre vate florentino.

Nosotros prescindimos del hombre político, y considerando al primer conde de Cheste como á uno de los más valientes veteranos de la guerra civil, deploramos amargamente que no haya terminado aún la funesta era de nuestras discordias civiles.—X.

LAS PALOMAS-MENSAJERAS.

Esa blanca paloma que revolotea en torno de la elevada torre, es una imágen de las fieles mensajeras que llevaban á los sitiados parisienses las noticias de la Francia y del mundo.

La guerra franco-alemana ha motivado nuevas aplicaciones científicas de principios ya conocidos: la navegacion aérea sustituyó á los correos ordinarios y á los ferro-carriles, y todos hemos visto las cartas y periódicos de Paris, escritas é impresos con caractéres microscópicos.

Pero los globos, ya libres, ya tripulados, no impedian que la gran ciudad permaneciese aislada en el centro de la Francia, porque si aquellos trasmitian á lejanos paises las noticias de Paris, no podian volver á esta poblacion con las noticias del exterior.

Alguien pensó entónces en las palomas mensajeras, y el Gobierno de la defensa nacional se apresuró á establecer una línea de comunicaciones, valiéndose de aquellas inocentes aves.

En efecto: acordáronse algunos de que el famoso Bruto, sitiado en Módena por Antonio, recibió por medio de palomas la noticia de la llegada de los cónsules Hertius y Pausa, y no faltaria quien hojease la historia de las Cruzadas y hallase en alguna de sus páginas que la capitulacion de la célebre Tiro fué debida á una falsa noticia que cierto Bismarck de aquella época remitió á los mahometanos sitiados, por medio de una inocente paloma.

¿Por qué no habian de practicar los franceses modernos aquello mismo que tan felizmente ensayaron los antiguos romanos y los guerreros de la Edad Media?

Nada más fácil ni más justo. A los pocos dias despues de formalizado el sitio de Paris, el gobierno de MM. Favre y Trochu, anunciaba á los franceses de los departamentos que podian enviar á Paris despachos privados, hasta de veinte palabras—mediante el pago de cincuenta céntimos (dos reales) por cada una de estas.

Pero ¿cómo puede ser eso?—se preguntaban las gentes sencillas,—¿se habrán olvidado los hulanos de destruir los hilos eléctricos? ¿ó tendrá Paris alguna comunicacion subterránea con Tours, con Orleans, con Lille, con cualquiera otra ciudad francesa?

Y pocos pensaban en las palomas mensajeras, hasta que los despachos telegráficos descubrieron la incógnita.

Los partes confiados á las plumas de las simpáticas aves, se trascribian con caractéres muy diminutos, casi microscópicos y sin interrupcion, á una hoja de papel, y el conjunto de ellos sufria despues una nueva y escrupulosa reduccion fotográfica, cuya prueba más perfecta era enrollada y atada á una pluma del ave—de la manera que habrán observado nuestros lectores en el número II, pág. 40, de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Se ha calculado que cada paloma podia trasmitir 76.000 palabras, ó sean 3.500 despachos de veinte palabras, los cuales dejaba en el necesitado erario francés un producto líquido de 35.000 francos.

¡Qué páginas tan bellas han dedicado á las palomas mensajeras los primeros escritores de la Francia!

M. Paul de Saint-Victor, uno de los literatos más concienzudos de la nacion vecina, exclama:

«¡Ah! El alma de la patria palpita bajo las alas de las palomas-correos.

¡Cuántos besos y lágrimas, cuántos consuelos y esperanzas caen de sus plumas mojadas por la nieve ó destrozadas por el ave de rapiña! Al regresar á su nido llevan á millares de nidos humanos la esperanza, el aliento y la vida. Hoy, más que nunca, y en el sentido más genuino de la palabra, son las aves del amor.

Durante su largo sitio, Venecia, cien veces más hambrienta que Paris, no permitió que se tocara á las palomas de San Márcos.

Faltaba el trigo, disputábase un pedazo de pan, y sin embargo, no les faltó el alimento un solo dia. Venecia, pereciendo de hambre, echaba á sus palomas los postreros granos de sus graneros vacíos.

«Vientos, decidles nuestra miseria; aves, llevadles nuestro amor.»—exclaman los proscritos de la cancion de Victor Hugo. Esta imágen del poeta ha venido á ser hoy una realidad viva y encantadora. Los vientos son los que murmuran á la Francia las miserias y las esperanzas de Paris; y aves son las que llevan á sus queridos ausentes su amor.»

No puede expresarse en frases más delicadas el sentimiento de gratitud que debe todo buen parisiense, todo buen francés, guardar en el fondo de su corazon hácia las palomas mensajeras.

Por lo demás—y para concluir,—el grabado de la pág. 89, apenas exige explicaciones: una de esas inocentes avecillas, que se ha librado de las grandes aves de rapiña y de las balas prusianas, aparece en los alrededores de las Tullerías en busca de su abandonado nido: algunos la han visto llegar, y se esfuerzan por cogerla, mientras el pueblo bate palmas jubiloso en honor de la fiel mensajera, y aguarda con ansiedad las noticias que debe trasmitir á los sitiados el pequeño pliego que lleva escondido entre las plumas la inocente paloma.

LA DESPEDIDA.

El grabado que ofrecemos á nuestros abonados en la pág. 92, representa un triste episodio de familia.

Momentos hay en la vida en que el hombre, abandonando los objetos más queridos de su corazon, rinde tributo á su patria, para añadir quizá una página gloriosa á su historia.

Por más que el hombre prevea un triste acontecimiento, su llegada es siempre una novedad; porque entre la prevision de una cosa y la existencia de esa cosa, hay un abismo tan grande como el que existe entre la ilusion y la realidad, entre el no ser y el ser.

Los hijos verdaderos de la patria, cuando el honor de ésta miran mancillado, no dejan sentir por el momento sino la voz del patriotismo, y ansian que llegue el instante de lavar la mancha, si es necesario, con su propia sangre; pero al llegar la hora en que aquella les exige este sacrificio, perciben claramente en el corazon dos gritos contrarios, que uno á otro quieren ensordecerse; el de la naturaleza y el del amor patrio.

El primero les presenta á sus ojos el cuadro más desgarrador: á unos las angustias de una madre afligida, que daria gustosa hasta el último suspiro por evitar á su hijo los azares de una guerra; á otros su dulce esposa y tiernos pequeñuelos, abandonados,—y en ambos casos y en otros muchos semejantes, van á romperse, tal vez para siempre, los lazos de la familia.

El segundo grito es, como hemos dicho, la voz del patriotismo, y más poderoso que el primero para el hombre, porque aquél obedece á los impulsos del corazon, y éste á los deberes del súbdito fiel, del buen hijo de la madre patria, de esa madre querida que sabe inspirar á los hombres el amor de los amores, el amor que nunca se debilita, que siempre es puro y entusiasta.

Lleno de verdad y de sentimiento, el dibujo que hemos indicado figura la despedida de un soldado aleman que marcha á la guerra. El lápiz del dibujante ha pintado esta familiar escena de una manera tan gráfica—si así podemos expresarnos,—que nuestros apreciables suscritores la comprenderán desde luego sin más explicaciones por nuestra parte.

PROCLAMACION

DEL EMPERADOR DE ALEMANIA.

Lo ocurrido en Versalles en la mañana del dia 18 de Enero último, se consignará en la historia de las naciones como uno de esos acontecimientos que causan la admiracion del mundo, tanto por su índole como por las circunstancias que le rodearon: en tal dia, el rey Guillermo, que ha sabido conducir á sus tropas de victoria en victoria hasta las murallas de Paris, fué proclamado emperador de Alemania.

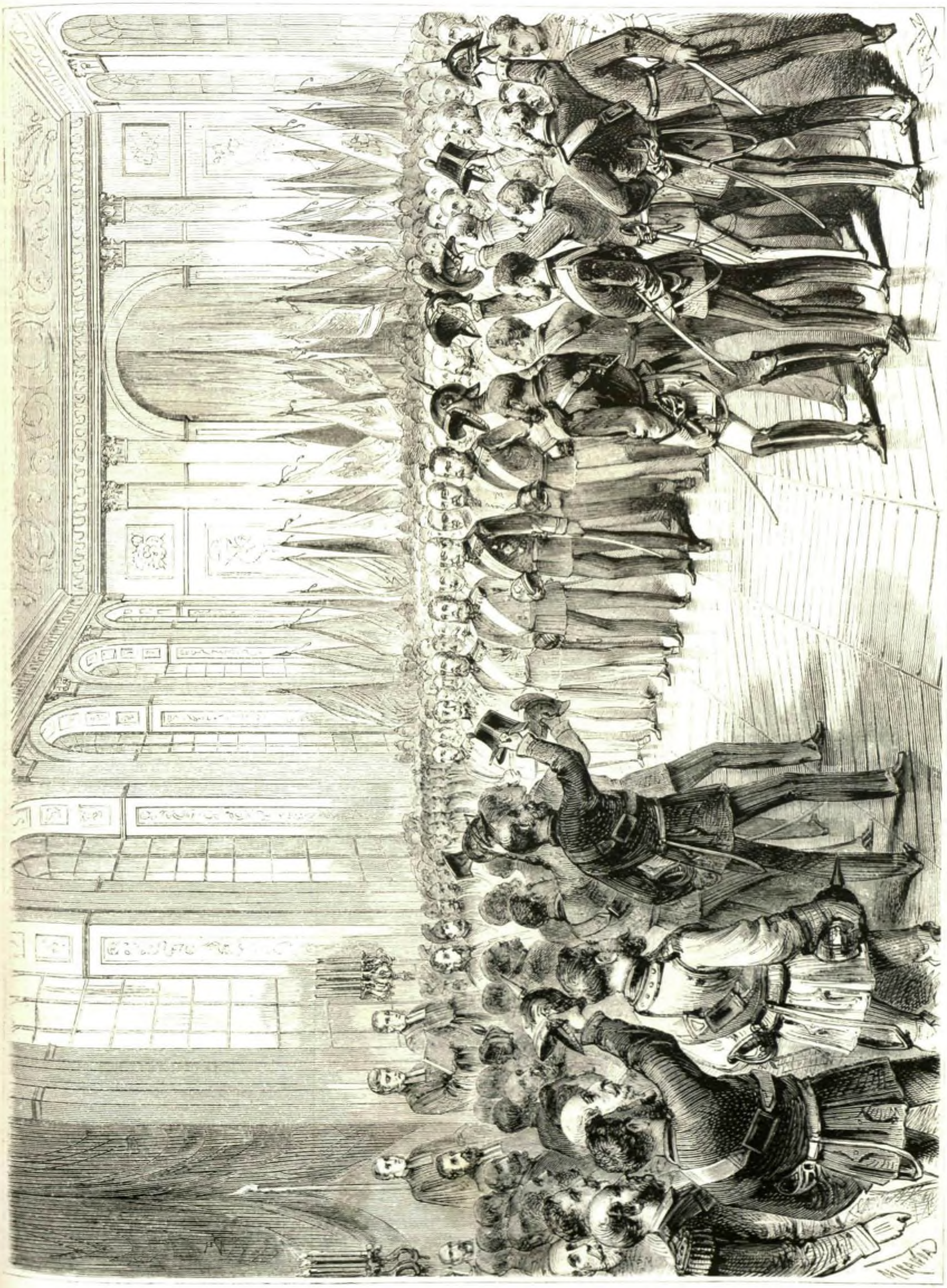
Solemne acto, único tal vez en la historia, celebrado en el corazon de un pais enemigo, y en el calor de una terrible lucha que ha llenado de consternacion al mundo civilizado.

Preparado todo para la ceremonia, entraron por la mañana del citado dia en la ciudad de Versalles algunos regimientos de la Guardia, conduciendo las banderas y estandartes del tercer ejército prusiano y de los cuerpos bávaros, cuyos trofeos fueron colocados en un estrado levantado al efecto en un extremo del salon de los Espejos, en el cual se habia erigido tambien un altar.

Ocupados por los altos dignatarios, por el clero y representantes del ejército los lugares designados préviamente, entró el rey Guillermo en el salon á la hora prefijada, entonándose al mismo tiempo por un coro el precioso himno *Janchezt den Herrn, alle Welt.* El rey y los príncipes que se hallaban en Versalles se sentaron enfrente del altar, y despues de cantarse otro himno, se celebró el culto divino, pronunciando el predicador de division, M. Bogge, un discurso adecuado á tan solemne fiesta.

Terminada la funcion religiosa, el rey y los príncipes subieron al estrado de las banderas, donde aquél dirigió algunas palabras á la Asamblea, leyéndose despues por el conde de Bismarck un documento alusivo al acto. Hecho esto, fué proclamado el rey Gui-

LA GUERRA.—EN LAS TRINCHERAS DE PARIS.



VERSALLES.—PROCLAMACION DE GUILLERMO I, EMPERADOR DE ALEMANIA (18 de Enero de 1871).

llermo emperador de Alemania, y el entusiasta grito: ¡Viva S. M. el emperador Guillermo! resonó en las bóvedas del magnífico salon *des glaces*—de aquel salon por cuyos ángulos aún deben de vagar las sombras de Luis XIV y de María Antonieta, de Turena y del gran Condé.

Este suceso ha sido notificado por el emperador á las tropas, pocos dias ántes que la ciudad de París pensase sériamente en presentar al sitiador condiciones aceptables de capitulacion.

No hay una página en la historia del mundo, llena de tantos y tan grandes sucesos, como la que leerán las generaciones futuras relativa á la última mitad del año 1870—que principia en la ridícula farsa de Saarbruck, y sólo Dios sabe aún dónde concluirá.

EL CARNAVAL.

¿Se han divertido ustedes mucho este Carnaval?... Yo tampoco.

El Carnaval, segun habrán ustedes tenido ocasion de observar, va de capa caida. Y se comprende; en una época y en una sociedad en que el engaño y la farsa son, como si dijéramos, modos de vivir, ¿qué diablos de entretenimiento ofrece vestirse de mamarracho durante cuatro dias para hacer lo que se hace todo el año sin careta?...

El Carnaval en Madrid tiene ya poquísimos lances, y los que tiene suelen ser más desagradables que otra cosa.

Por mi parte confieso á ustedes que el Carnaval contemporáneo no me divierte, y me parece lo más aburrido del mundo comparado con aquellos Carnavales de nuestros abuelos, durante los que todo el mundo echaba una cana al aire, y reinaba la locura y habia algazara y broma larga, y hasta aquellos personajes más serios y puestos en punto se vestian de moros ó de griegos con tanta propiedad que daba miedo verlos, y las damas más encopetadas de la aristocracia vestianse de manolas ó de valencianas ó de charras, y acudian al Prado de San Jerónimo y á los bailes, cautivando los corazones de los rendidos y amerengados carrutacos; y más de una vez, por si la marquesa sonrió á este ó miró al otro, se dieron de cuchilladas dos bizarros guardias de Corps, mientras la dama, ocasion del combate, volvia loco á un estudiante tunante, doctor en galanteos, licenciado en picardías y bachiller en endiabladas artes, terror de los padres y tutores, y enemigo jurado de todos los maridos.

Aquel era un Carnaval propiamente dicho, en el que tomaban parte las clases todas de la sociedad, y en el que las bromas, excepcion hecha de algunos casos, eran más inocentes que ahora.

El pueblo se divertia mucho más, porque aunque no tenia derechos individuales, tenia más libertad en ciertos dias; como que un alguacil se aguantaba por la buena si una manola de rompe y rasga le ponia una maza tamaña, y si llegaba á enojarse el *menistro*, todo el barrio le chillaba y le corria, y áun podia darse por contento si no le manteaban.

Si iba usted á un baile en Villahermosa, por ejemplo, tenia usted la seguridad de hallarse en una sociedad culta, donde no se permitia la entrada á señoras sospechosas, y algun lance ocurrió por haber despedido á alguna de las de esa categoría, aunque la acompañaba un personaje. Ahora no hay ese peligro; cualquiera puede acompañar á una *señora*, vamos al decir, sin cuidado de que se la pongan en la calle, y apuradilla se habia de ver la sociedad ó empresa de baile que no permitiera la entrada á todas las hembras, sin distincion, porque no tendria concurrencia.

En aquellos tiempos, aunque no tan democráticos, el pueblo, en las fiestas populares, se confundia con la nobleza y la clase media, y por la parte ancha del Prado paseaban lo mismo las manolas y los chisperos que las más nobles damas y los más elevados personajes. Ahora el pueblo queda relegado detrás de las sillas del paseo, y la gente de fuste se pasea en coche, y al Prado no se va á ver las máscaras, sino á lucir la hermosura propia ó la figurada, la riqueza, los caballos, la vanidad.

Allí, en aquella interminable hilera de coches se ve pasar la aristocracia de la época, indiferente y egoista, la gente de dinero, ó sea la de la banca y de la bolsa y el agiotaje, la gente de la situacion, es decir, la política, la que ayer debia á todo el mundo y hoy tiene coche pagado por el Estado, y el sinnúmero de *parvenus*, que forman un respetable grupo de nuestra sociedad. Allí va muy repantigado el que hizo su suerte en la Habana, Dios sabe cómo; detrás viene el que fué Director de aquella Sociedad de crédito donde cayeron tantas pequeñas fortunas de pobres que han quedado á pedir limosna; por allí asoma la carretela de la viuda á quien su marido no dejó viudedad ni cosa que lo valga, y que hoy pasea en coche tirado por un tronco que vale 50.000 reales, mientras se van quedando sin su hacienda las inocentes criaturas del que pagó el tronco y paga otras muchas cosas; en aquella americana viene, mirando con aire insolente, un hombre muy conocido, que unas veces tiene coche y otras pide cinco duros al primero que encuentra, que juega á la ruleta billetes de quinientos reales y debe las botas, que se mete en todas partes y en todas partes es recibido, aunque en todas partes se sospecha que es un trapisondista á caza de gangas; detrás viene la victoria del médico que no tuvo visita hasta que tuvo coche, y que ahora la tiene, aunque se le mueren doce de cada docena de enfermos que caen bajo su fatal jurisdiccion; en aquel *landó* viene Periquillo, el buen mozo que todos conocimos en el Suizo, el trueno más perdido que come pan, muy serio al lado de su mujer, una señora, vieja y verde, de 60 años, que le domina por completo, que le tiene á raya, que no le deja á sol ni á sombra, que le compra hasta los cigarros, que está enamorada de él, y en fin, que ha sido el castigo de su codicia. Periquillo va ahora en coche, y no le falta buena casa y buena mesa al lado de la vieja; pero le falta la libertad y la dignidad. Su mujer es muy rica, y él ha venido á ser una especie de lacayo distinguido.

Encaramados en todos estos coches, en el pescante, en el estribo, van máscaras dando broma á los felices mortales que los ocupan, sobre todo á ellas, á las amabilísimas damas, á quienes por lo regular conocen únicamente de vista; pero la careta autoriza á todo, y algun mozo de buen humor conozco yo que en los cuatro dias de Carnaval se da la satisfaccion de estrechar las manos de todas las grandes de España que pasean en coche por el Prado.

Este año se ha notado la falta de máscaras políticas, y ha sido lógica esta falta: ¿qué mascarada política ha de hacerse cuando la realidad sobrepuja á todo lo que pudiera imaginarse?... La mascarada política es de todo el año; en la Corte, especialmente, siempre está en escena. Hace tiempo que los políticos son máscaras, y hay que confesar que el público ha sido bastante torpe en no conocerlos ántes.

Las máscaras se van, benévolos lectores, quiero decir las máscaras del Carnaval, porque cada año hay ménos máscaras. La gente moza de ahora no se distingue por esa aficion. Esta es la época de la política y el restaurant de Fornos, de la ruleta y del can can.

Seguimos los altos ejemplos que nos ha dado Francia, seguimos su huella, vamos progresando como esa desdichada nacion, y Dios quiera que no sea exacta la copia hasta el fin, es decir, hasta el desastre.

¡Pobre Francia! ¡Qué carnaval tan triste ha tenido este año la hermosa París!... Este año no ha habido *Buey gordo*. Ni flaco tampoco lo hubiese habido si el pueblo inglés no se hubiera apresurado á enviar un socorro al pueblo amigo y hermano. Este año aquellos jardines encantados de *Mabille*, si es que existen todavía, habrán estado desiertos. Ni *Rigolboche*, ni la *Comete*, ni *Loulou*, ni *Fleur du matin*, ni ninguna de las cancanistas de reputacion europea habrán levantado allí las piernas á la altura de los sombreros de los espectadores. En *Tortoni* y en la *Maison dorée* no habrá habido aquellas cenas, aquellas orgías cuya fama era universal. ¡Pobre país! Muchos años ha vivido en perpétuo Carnaval, y al fin ha venido quien le ponga la ceniza en la frente. Desde los fuertes que rodean á la gran ciudad, un ejército de hombres graves, sesudos, impasibles, inexorables, le grita ahora:—¡París, diviértete, pasea al *Buey gordo*, haz alarde de ese ingenio peregrino, baila, diviértete!.... ¡Pobre Francia! si da ahora por terminado su prolongado Carnaval, todavía hay que esperar que recobre su grandeza, que se regenere y sea un pueblo tan grande por el carácter como por el ingenio.

Su ejemplo no ha sido perdido, porque aquí lo hemos recogido; si allí habia *Maison dorée*, aquí hay Fornos; si allí habia ruleta, aquí tambien; si allí no hay ya *Mabille*, aquí lo tenemos; y bajo esa advocacion se han dado bailes este Carnaval en uno de nuestros teatros, con sus correspondientes *quadrilles* y sus piernas por el aire, por consiguiente, amen de las demás actitudes excéntricas propias del gran baile del siglo, del gracioso y delicado y significativo *cancan*. En uno de los programas de estos bailes hacia la empresa de los mismos un llamamiento, para mayor brillo de la fiesta, á la colonia francesa de Madrid; y esto precisamente cuando la capital de Francia, hambrienta, diezmada por las enfermedades y los proyectiles prusianos, abria sus fuertes al vencedor y recibia de él una limosna de víveres para satisfacer el hambre. Yo no he ido á los bailes del *Mabille* de Madrid, y me alegro, porque hubiera sido para mí una pena ver franceses allí, viendo bailar ó bailando ellos el *cancan*.

Los bailes de Carnaval han sido este año lo que siempre. Los buscadores de gangas y las busconas de cenas y otros excesos se han reunido en los salones, y dicen que se han divertido. ¡Cuántas feas de solemnidad habrán ganado, gracias á la careta, una cena opípara, que es lo principal, y un *montón* de *requiebros*, que es lo accesorio! Con la cara descubierta no hubiesen hallado quien las convidase á un merengue.

Pero, ¿á qué me canso?... En los bailes habrá sucedido lo de siempre, lo que puede suceder en los bailes de máscaras. Mucho hablar tonterías, por lo regular, creer una porcion de mentiras, figurarse lo que no es, cenar mal y muy caro, tirar el dinero, romper vasos y botellas, emborracharse algun señorito, pedir otro la mano de su cocinera, tomar á la planchadora por la duquesa de Tres Estrellas, no conocer algun marido á su mujer, roncar las mamás en los rincones, darse de bofetadas una pastora de Subiza con María Stuard, y coger algunos las pulmonías que en esas fiestas esperan á la puerta á los concurrentes.

Y no sé qué más puedo decir á ustedes del Carnaval. Todos los años escribo un artículo, lo ménos, sobre el mismo asunto; y como este no varía, la tarea se va ya haciendo difícil.

Pase, pues, el presente por broma de Carnaval, y que vean ustedes con salud muchos Carnavales y muchos artículos míos, que esta será evidente señal de que usted y yo estamos todavía en este mundo.

C. FRONTAURA.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

XXIX.

LA OBRA DE LA JUSTICIA.

Elena sufría de una manera imponderable.

La vista de la causa de Estéban estaba señalada para un plazo de quince dias.

Si la Sala confirmaba la sentencia del inferior, ésta seria definitiva y causaria ejecutoria.

En vano se habia querido prolongar aquel plazo usando de todo género de influencias.

La opinion pública habia empezado á tomar cartas en el negocio.

La prensa de oposicion se habia valido, como de un arma, de las dilatorias que se daban á la vista de esta causa.

Entre nosotros, más que en ninguna otra parte, se usa para la política de todo.

Nuestros políticos se agarran á un clavo ardiendo, aunque sea contradictoria á sus principios, si es que los tienen, el arma de que usan para hacer la oposicion.

Así es, que generalmente al herir se hieren, porque las armas de dos puntas son muy peligrosas.

No se miraba que se azuzaba, por decirlo así, la justicia sobre un desgraciado.

La cuestion era levantar un caramillo al gobierno, y muchos de los periódicos que esto hacian, eran ardien- defensores de la abolicion de la pena de muerte.

Sin embargo, habia que hacer resplandecer la justicia.

Era necesario demostrar al país la inmoralidad del gobierno: ¿qué importaba una contradiccion?

Esto era hacer política.

Pero los periódicos haciendo política, y el público, mejor dicho, el vulgo, adquiriendo el derecho de pensar por dos cuartos, y repitiendo lo que por dos cuartos habia leido, se habian impuesto á los tribunales, levantando una polvareda con el asesinato de la anciana de Leganés, que no habia más que pedir.

Los jueces habian dicho á Enrique, á Ángeles, á todo el mundo que les habia hablado, al mismo juez de primera instancia, que veia ya claro en el fondo de su conciencia:

—Sí, sí, señor, este es un asunto embrollado, cuya resolucion no está al alcance de la justicia humana: ella ha hecho cuanto ha podido; ha apurado todos sus medios; los indicios contra el acusado son tales, tan vehementes, tan palpables, que establecen una prueba legal. El asesino se oculta; en su lugar, por una reunion de coincidencias fatales, aparece un inocente; pero esto no consta, esto no es más que un juicio, una deduccion sacada de la experiencia. Seria necesario esperar, dar largas al negocio, trabajar entre tanto de una manera extrajudicial por medio de la policía para llegar al descubrimiento del verdadero criminal: se le señala con el dedo, se le vé; pero contra él no existe una sola prueba: las leyes son impotentes por el momento. Seria necesario esperar, tener calma. Hay circunstancias excepcionales en que es de todo punto justo y conveniente el paso lento de la ley; sin embargo, la opinion pública ruge; se habla de cohechos, de miserias indignas; se usa de lo inviolable para acometer al gobierno; ¿qué importa todo? Pero entre tanto nuestra honra sufre. No podemos esperar más; se nos empuja; ha pasado uno y otro término para el señalamiento de la vista, y es necesario que esto tenga un fin; que se acalle ese griterío.

Esto decia en una ocasion uno de los magistrados más respetables de la Audiencia de Madrid á la misma Elena, que desesperada ya, habia tomado cartas en el negocio, y á Ángeles que la acompañaba.

—De modo que, exclamó Elena, porque unos cuantos periodistas, para servir su partido, han echado mano de lo sagrado, de lo inviolable; porque gentes que no piensan, repiten lo que esos periodistas dicen, un tribunal que tiene la conciencia de que el hombre que va á sentenciar es inocente, le sentenciará sólo porque eso que se llama opinion pública ruge.

—No, ciertamente, señorita, contestó el magistrado: lo que la justicia hace para acallar las murmuraciones, es señalar el dia de la vista. No es culpa de los jueces que las apariencias determinen una prueba, y que ésta prueba caiga sobre un inocente. Si entre nosotros estuviera constituido el jurado, que en las cuestiones de conciencia es un árbitro soberano, que se sobrepone á la ley escrita, y busca solamente la eterna justicia escrita en la conciencia, yo diria á usted: Ese jóven será absuelto. El jurado, hija mia, es el representante de la opinion pública. Por eso se engaña tantas veces. Pero, sin embargo, tiene un poder que los jueces de hecho no tenemos. Nosotros no somos más que intérpretes inflexibles del Código. Estamos atados de piés y manos.

—¡Pero ese collar que yo he visto! ¡ese collar en que estaba el retrato de una parienta mia!—Elena no se atrevia á decir *mi madre*.—¡Ese collar en poder del Pintado y su mujer! ¡ese collar que sólo podia estar en poder de doña Eufrasia!...

—Esto determina una conviccion; pero no una prueba. Su declaracion de usted, señorita, de nada serviria; porque ¿dónde está ese cuerpo de delito? ¿dónde está ese collar? Líbreme Dios de decir que esto es una invencion de usted. Yo tengo la seguridad de que usted ha tenido ese collar en las manos: mi larga práctica de juez me ha dado un gran conocimiento sobre el corazon humano; pero esto no pasa de producir en mí y en mis compañeros una perfecta conviccion moral inútil, de todo punto inútil. Además de esto, aunque se hiciera una ampliacion de prueba, usted es un testigo recusable; usted ha sido novia de ese desgraciado, y sólo se conseguiria que la reputacion de usted se lastimase, y que sufriese algunas dentelladas venenosas la Sala por haber sentenciado esa ampliacion.

—Pero existe una huella de uno de los zapatos del asesino,—dijo tímidamente Elena.

—Y bien, un indicio; tenemos el molde, por decirlo así, de ese zapato; pero ¿dónde está el zapato? ¿en poder de quién? ¿se sabe aún si existe? Cierto es que esa huella determina un zapato extraordinariamente grande para el pié del acusado; pero esto no conduce sino á un resultado desfavorable, al indicio vehementísimo de una premeditacion, puesto que los demás indicios comprometen fuertemente de una manera decisiva á ese jóven.

—Pero dicen,—exclamó Elena, que resistia,—que un rey muy sabio que hizo unas leyes que se llaman de Partida, dijo en una de ellas: «Que los jueces no debian imponer la pena de muerte, sino cuando el delito estuviese probado de una manera tan clara como la luz del sol, al medio dia.»

—En efecto, señorita,—dijo sonriendo el magistrado;—eso dijo, y lo dijo con una sabiduría infinita el buen rey don Alonso el Sabio. En fin, yo no puedo decir á ustedes otra cosa, sino que la Sala, diga lo que dijere la opinion pública, murmúrese lo que se murmure, obrará en justicia.

Era todo lo que el magistrado podia decir.

Pero esto era vago, oscuro, inquietante.

No se podia insistir, sin embargo, ni habia el medio de tentar con dinero la codicia de los jueces; esto no cabia ni en la conciencia, ni en la educacion de los que se interesaban por Estéban, ni en el respeto que sentian hácia la justicia.

Además, esto hubiera cambiado la cortesanía de los jueces en una explosion de la dignidad herida.

El oráculo estaba mudo, y era necesario esperar á que con arreglo á las leyes, con sujecion á la justicia, el oráculo hablase.

Llegó al fin el dia de la vista.

La ansiedad de todos los personajes de este drama era horrible.

Pero quien más sufria era Gabriela, cuya conciencia se sublevaba.

El Pintado no se separaba de ella, no la perdia de vista; pesaba sobre ella como una losa de plomo.

Se repetian escenas terribles, tan terribles como otras de que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores.

La adúltera se veia obligada á bajar la cabeza y á callar.

El Pintado la decia, señalándola sus hijos:

—¡Cómo deshonrarlos! ¡Cómo hacer para que todo el mundo diga: «Hé ahí los hijos del engarrotado y de la adúltera.»

Gabriela gemia y callaba.

Elena estaba enferma.

Enrique desesperado.

Ángeles triste.

Al fin llegó el momento supremo.

Estéban fué llevado al tribunal, interrogado.

Un público compacto llenaba la Sala de Audiencia.

Estéban estaba terrible, feroz, grosero, con la conciencia de su inocencia.

Apuraban los jueces el sufrimiento de la injuria mal embozada, que resaltaba de cada respuesta de Estéban.

Y el público se engañaba, como en los principios de la causa se habian engañado el juez y el escribano que habian hecho la instruccion.

El público se conmovia y dejaba oir de tiempo en tiempo un rugido sordo.

No veia en Estéban más que un criminal infame, cínico, sin conciencia, tenaz, acometedor, grosero, impasible.

Su irritabilidad perdia á Estéban; y cuando concluida la vista se lo llevaron y salió el público, salió convencido de que algunos dias despues tendria espectáculo en el Campo de Guardias.

Era imposible que la Sala no sentenciase á muerte á aquel mónstruo.

Donde hay jurado, el público no sale de la Audiencia sin conocer la sentencia.

Entre nosotros se obra con mucha más calma, se delibera maduramente, y á veces se usa de todo el término que la ley concede á la Sala para pronunciar sentencia.

Esto aconteció, y la política se apoderó de ello, y la opinion pública se alborotó más y más: se habló de altas influencias; de injusticia; de escándalo; hasta se hicieron intervenir, por suposiciones poco piadosas, sotanas en el negocio; se decia que no habia justicia; que se llegaba al colmo de la tiranía; que todo se lo llevaba el diablo, y que era necesario una revolucion.

Al fin el oráculo habló, y todos se miraron asombrados, todos supusieron que se habia hecho un infame negocio.

El Campo de Guardias no debia ser teatro de muerte por entónces.

Las altas influencias, segun el vulgo, lo habian hecho todo.

Estéban habia sido sentenciado, no á muerte, sino á cadena perpétua.

¿Y cómo de otra manera?

Una sentencia de cadena perpétua, puede revocarse; pero es imposible la revocacion de una sentencia de muerte, una vez ejecutada.

El tribunal habia obrado en justicia.

No tenia una prueba clara y terminante, no tenia ni siquiera la confesion del acusado.

No tenia más que una prueba que ni áun podia llamarse semi-plena, porque todo consistia en indicios vehementes y en cuerpos de delito encontrados sobre Estéban, tales como el pistolete compañero del otro que habia quedado junto al cadáver; la sangre en el carruaje; la sangre en el vestido y en las manos de Estéban; su turbacion en el ventorrillo del Cojitranco; su presencia en él en una hora inmediatamente posterior al crimen; sus declaraciones que parecian amañadas y absurdas; su odio aparente á la víctima por los amores de Elena; los temores de la víctima expresados la tarde anterior á la noche del crimen, delante de la mayor parte de los vecinos de Leganés, á la puerta de la ermita de Nuestra Señora de Butarque.

La autopsia del cadáver no habia sabido determinar bien si la herida de bala habia sido causada ántes de la estrangulacion, ó si la estrangulacion se habia efectuado ántes que la herida.

Se tenia el arrastre del cuerpo desde la tapia del huertecillo hasta los árboles; desde allí, las huellas, los carriles de las ruedas del carruaje del albeitar, del que se servia Estéban para ir á Madrid.

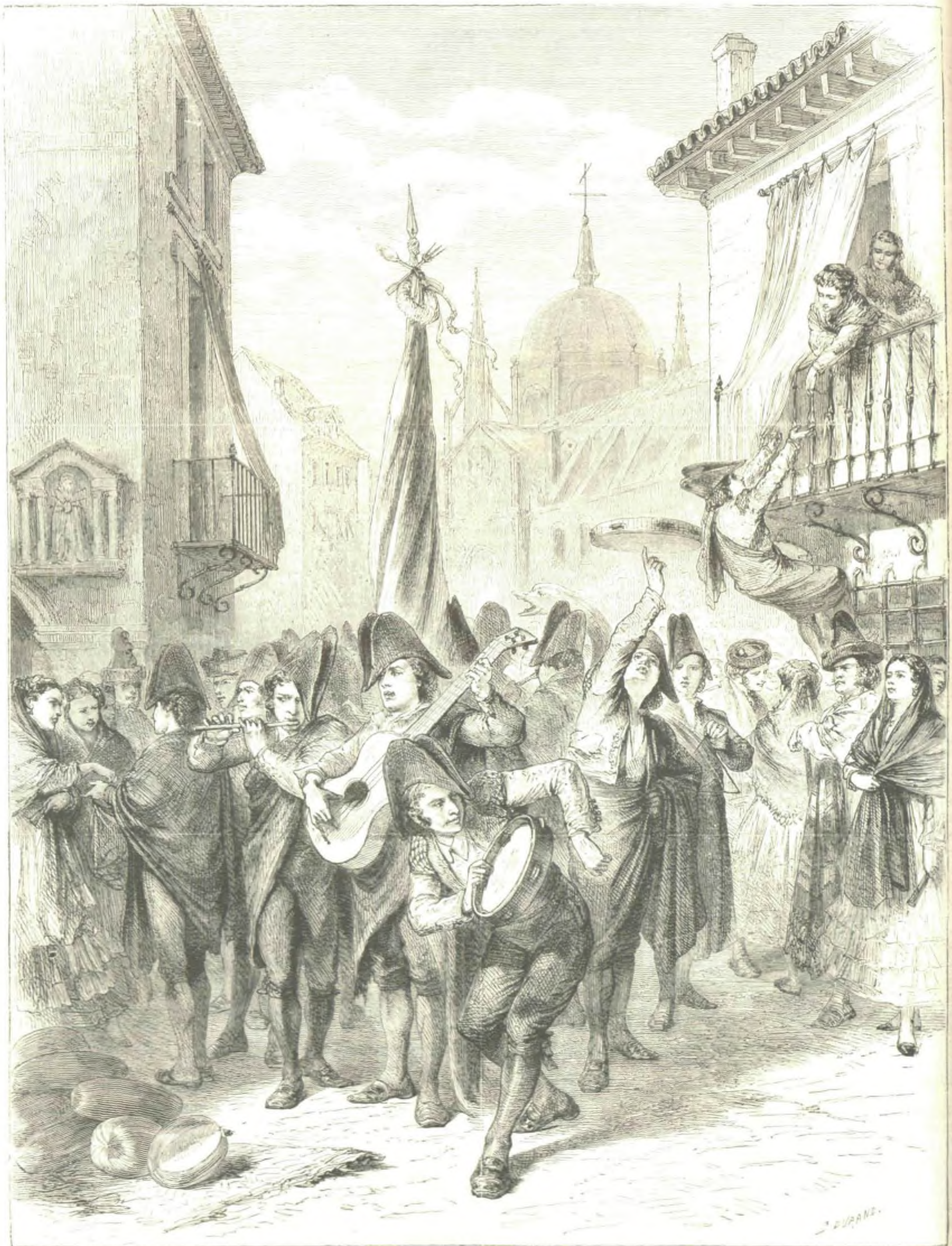
Todo esto, que sabia de memoria todo el mundo; la mala conducta de Estéban, que tambien se habia sacado á luz; su grosería, su soberbia delante del tribunal, habia elaborado en la opinion pública, que nunca profundiza, que nunca pasa del primer silogismo, esto es, de las apariencias, una sentencia de muerte.

Pero los jueces habian reparado en muchos detalles que nada claro determinaban, pero que establecian una duda.

No se explicaba bien cómo se habia encontrado tanta sangre en el carruaje, al cual no habia tocado el cadáver.

La manera como se habia defendido Estéban habia sido ruda, grosera, irritada, pero franca.

Uno de los magistrados habia invertido muchos dias despues de la vista en extender un larguísimo y con-



EL CARNAVAL.—AVERI

EL CARNAVAL.—HOY.

cienzudo discurso, una verdadera obra maestra jurídica.

No habia descansado, no habia reposado para satisfacer la opinion pública, satisfaciendo al mismo tiempo, en cuanto era posible, dado el embrollo de aquel asunto, la justicia.

La Sala se habia reunido en sesion secreta para deliberar, y no teniendo la prueba plena, no pudiendo contestar tampoco á lo vehementísimo de los indicios, á la existencia de cuerpos de delito indudables en poder de Estéban, sentenció la cadena perpétua, dejando hábilmente un cabo, con arreglo al cual fuese posible un dia la revision de la causa.

Los jueces hicieron todo lo que pudieron hacer; mejor dicho, no hicieron ni más ni ménos que lo que debieron hacer.

No era posible la absolucion dadas las circunstancias; no era posible tampoco, atendidas las mismas circunstancias, la pena de muerte.

Sentenciaron, pues, la inmediata, y dejaron abierto el camino á una revision.

Habian obrado rigidamente en justicia, y sin embargo, se dijo que no habia justicia, que estábamos al borde del abismo, que entre nosotros no existia nada, nada más que influencias.

(Se continuará.)

ÁLBUM POETICO.

LA GLORIA MILITAR.

I.

¿Por qué redoblan los parches,
y resuenan los clarines,
y van banderas al viento
sobre bosques de fusiles?
—Es que la patria en peligro
nos impele á nuevas lides,
y sus ajados laureles
riego de sangre nos piden.
La ley nos llama á las armas;
¡ay de aquel que la resiste!...
Deja, pobre labrador,
deja, pues, la esteva humilde;
y en vez de dar á la tierra
tus alientos juveniles,
ese tu robusto brazo
la aguda lanza fulmine,
trazando surcos de gloria
en las falanges hostiles.
¿Dudas? ¿Te llama la patria,
y tu suerte no bendices?
¡Qué! ¿la lumbre de tus ojos
vela una lágrima triste!
—Es que mis pobres hijuelos,
de mi labor sólo viven...
—La patria cuidará de ellos,
en tanto que tú la sirves.
—Es que el amor de mi esposa...
—Será más hondo y sublime,
cuando tus hechos la ufanen,
cuando por tuya la envidien...
Basta, basta: el enemigo
ya invade nuestros confines:
corre, acude á tu bandera,
y ella en el campo te guie.
Cuando despues del combate
vuelvas ansioso á estas lindes,
el laurel que orne tus sienes
será blason de tu estirpe.

II.

Truena el cañon: la metralla
recias falanges divide;
arrancan los escuadrones;
vomitan fuego los rifles.
Ambas enemigas haces
en bélico ardor compiten.
¡Hombres que nunca se vieron
con ciego furor se embisten!
La sangre corre á torrentes,
caen las víctimas á miles:
hinchados van los arroyos
que viva púrpura tiñe.
Entre humo denso la aldea
siniestras chispas despide,
y el exterminio devora
olivos, mieses y vides.
Indecisa está la suerte;
nadie triunfa, ni se rinde;
crece el rumor: negro polvo
envuelve la lucha horrible...
—¡Victoria! Ya los contrarios
vacilan; ya no resisten;
ya corren despavoridos,
sables sembrando y fusiles.
¡Viva nuestro general!
¡Viva su espada invencible!
¡Loada la Providencia
por victoria tan insigne!

III.

De enseñas y de trofeos
la ciudad toda se viste,
y de mástiles dorados
cuelgan guirnaldas gentiles.
En balcones y ventanas
que ornan sedas y tapices,
entre oficiosos galanes
apuestas damas compiten.
En los altos campanarios
no hay esquilon que no vibre,
y férvida muchedumbre
calles y plazas oprime...
¡Vedle! El famoso caudillo,
el vencedor en cien lides,
ya por las puertas asoma;
su brava hueste le sigue.
Monta un fogoso castaño
de rizas y luengas crines,
y el lauro de la victoria
su fulgente yelmo ciñe.
Desde el corcel arrogante
que con mano diestra rige,
los vivas y los aplausos
gallardo y cortés recibe.
Las damas con sus pañuelos
por saludar se desviven,
y arrojan lluvia de flores
sobre la hueste invencible;
otros agitan banderas
jaldes, rojas ó turquíes,
y vítores de entusiasmo
doquier los ecos repiten...
Mas entre tanto alborozo,
¡cuán pocos hay que no olviden,
que exterminó la metralla
la flor de los adalides!...
¿Qué importa? Paz á los muertos;
prez á los que sobreviven;
sin hecatombes humanas
marciales palmas no existen.
Ya el nombre del vencedor
la historia en mármol escribe,
y va gritando la fama
de polo á polo sus timbres.

IV.

La llama del entusiasmo,
como fuego, al fin se extingue,
y el patriótico alborozo
al cabo tuvo su límite.
No que agostados cayeran
lauros tan inmarcesibles;
pero á poco, ¿quién hablaba
ya de victorias ni lides?
La populosa ciudad
su aspecto habitual reviste;
en fábricas y talleres
el movimiento revive,
y en calles, plazas, mercados,
la muchedumbre movible
compra, vende, se pasea,
segun sus medios ó fines...
Mas cuando el sol en ocaso
su cetro y corona rinde,
y de luceros la noche
orna su frente apacible,
una mísera mujer
que negros paños reviste,
con un ángel en los brazos
y otro mayor que la sigue,
en voz que embarga el dolor,
á los que pasan les dice:
«La guerra dejó sin padre
á estos niños infelices:
pan una madre angustiada
para sus hijos os pide.»

ENRIQUE DE SAAVEDRA,
Duque de Rivas.

CRÍTICA LITERARIA.

BRETON DE LOS HERREROS.

I.

No comenzaremos de tan léjos este artículo, que le remontemos á exponer los fundamentos filosóficos y orígenes históricos del teatro, ni siquiera los de la comedia; pero sí le encabezaremos, sin violencia ni pedantería, con una observacion que, podrá ser nueva y quizá aventurada, mas no destituida de alguna verdad y fundamento. Esta reflexion á que aludimos es la de que, siendo cosa tan importante la comedia, es para nosotros muy dudoso que haya existido verdadera y formalmente en España, aquí en donde sin embargo ha florecido á su manera como en ningun punto del globo.

Con sólo enunciar esta duda parece, y hemos de confesarlo, que nos colocamos en plena paradoja; mas nada hay tan distante de nosotros como el deseo inmoderado de ostentarnos reformadores ó inventores, de cuyo deseo nos separan dos cosas: nuestro carácter, que tira á la modestia, y nuestra profesion, que propende á la autoridad y al órden en todas las esferas.

Nadie más amante, y muy pocos tan enamorados como nosotros, del Teatro antiguo español, que resultó fijado con limpios y profundos caractéres por el inmortal Lope de Vega, pero que ya venia bien iniciado desde el clérigo Bartolomé Torres Naharro y el histrion Lope de Rueda. Mas aunque se hallaba todo lo imaginable en aquel inmenso bazar de poesía, en aquel inacabable museo de los más brillantes cuadros; faltaba en rigor la genuina y verdadera comedia, ó, á lo ménos, faltaba el propósito de acometerla: si tal cual vez se producia, era por excepcion; si habia autor que la cultivase como de caso pensado, era autor excepcional.

Para nosotros, la comedia ha de ser ó de carácter ó de caractéres; es decir, ó de carácter ó de costumbres, y desde luégo, siempre de época, si ya no de actualidad: la verdad, tal cual la poesía en general y el teatro en particular la comportan, debe campear ante todo; la utilidad, tal cual la estética la consiente, debe ser el punto de mira en el autor. Pues bien: ni lo uno ni lo otro contienen las comedias de Lope y su escuela en su mayor generalidad: no lo primero, porque aquellas costumbres pintadas con tan sin igual desembarazo, no son ni de aquellos ni de ningunos tiempos, por más que no repugnen del todo á aquella civilizacion; no lo segundo, porque allí no se desenvuelven vicios ni debilidades para impugnarlos ó motejarlos, sino aventuras de amor, casi siempre las mismas, para exponerlas á la admiracion y al regocijo. De esto hay excepciones, como ya lo hemos insinuado, y sólo, á nuestro juicio, los dramas de circunstancias (pero dramas) como *La estrella de Sevilla*, y las comedias que, como *El lindo don Diego* y *El castigo de la misería*, algunas de Alarcon, y, dígase lo que se quiera en contrario, *El desden con el desden*, desarrollan más ó ménos ámpliamente un carácter que sale decididamente á primer término.

La regla general no era esta: el teatro antiguo era de todo en todo convencional; y aunque en él rebosaran las costumbres de la época hasta el anacronismo, no habia la pretension de pintarlas, y si la hubiera, tendria de suponerse que sus autores vivian en una atmósfera social poética, en un cierto linaje de república harto desemejante de la realidad. De todo lo cual deducimos que la comedia verdadera no existia, pues que viviendo el drama y la tragedia, aunque sin tales hombres, y viviendo principalmente la comedia de capa y espada, á nada en hermosura comparable, faltaba la austera comedia doctrinal: austera, decimos, por lo serio y grave del objeto, lo cual no impedia el que sobreabundara en gracias y seducciones de pura ejecucion.

Como una prueba de esta ausencia ó vacío que notamos en el teatro de Lope, recordamos los de otras edades y naciones. El de Aristófanes, cuyas obras se conservan en gran parte, y el de Menandro, cuyos fragmentos elucidados por Guizot, casi nos lo dan reconstituido, retratan de intento, no solamente las costumbres permanentes del pueblo griego, sino áun sus vicisitudes y alteraciones pasajeras, ó lo que hoy llamamos sucesos de actualidad, como lo fueron entónces la filosofía de Sócrates, las turbulencias demagógicas de Cleon, y la llamada decadencia dramática de Eurípides: en la propia manera pintaron los vicios y tipos de la sociedad contemporánea Plauto y Terencio, puesto que imitadores de los griegos, y por consiguiente arcaicos para los romanos y ocasionados á la falsedad á que induce el servilismo: lo mismo hizo Molière en Francia desde que ascendió al gran magisterio que desempeña el autor cómico, y buena prueba son de ello *El Hipócrita*, *El Misántropo*, *Las preciosas ridículas*, *La escuela de los maridos*, y *Las marisabidillas*: lo mismo Goldoni y Alberto Notta, sensatos é inventivos autores cómicos de Italia: y lo mismo algunos autores ingleses, como Cibber, Driden y Congreve, si bien contra ellos nota la crítica el doble defecto de cierta reprensible licenciosidad y de cierta sistemática homogénea uniformidad, lunares que no dejan de advertirse, á cambio de infinitos y superiorísimos primores en el teatro antiguo español.

No tuvo éste herederos directos, y parece como si lo hubiera sido el fisco. Ello es que, cambiada en Es-

paña la dinastía, y afrancesado todo, aunque no en mal sentido ni en detrimento de las letras, vino á nosotros el clasicismo, y con éste había de entrar la buena comedia, que en él era tradicional y áun necesaria. Pero entró perezosa y tardía como á disgusto de nuestro genio, y esa es la causa de que, por una parte, se sostuviera hasta la mitad del siglo la comedia novelesca de Lope en manos de Cañizares y otros, y por otra se desarrollara mal la comedia clásica, áun tomándola á su cargo tan buenos génios cual Moratin el padre, Iriarte y otros muchos. Es necesario llegar á don Leandro Moratin para encontrar al autor cómico; pero áun en éste no hallamos ni bastante fecundidad, y esta es en algun modo precisa para fundar un sistema; ni bastante originalidad, pues solamente la tienen *El café*, que es un puro desahogo de su atrabilis literaria, y *El sí de las niñas*, que es su verdadera y casi única obra; ni bastante variedad, pues todo su teatro es una monografía dividida en media docena de cuadros de escuela francesa; ni bastante moralidad, ingenio y gusto, pues contra todas estas leyes pecan *El baron*, *La mogigata*, y *El viejo y la niña*.

Las precedentes indicaciones, susceptibles de desarrollarse en sendos discursos críticos, pero que aquí no podian tener otro carácter que el de premisas enunciadas como otras tantas verdades, converjen en una proposicion final, cual es la de que en España hubo el primer teatro del mundo, pero un teatro sin comedia, en el sentido que hemos dado á esta palabra. El cultivo de este importante género estaba, por decirlo así, reservado á nuestros dias, por más que suene á idea paradójica el que lo que el teatro tiene más de serio y más de constitucional viniera á nacer en una época cual la presente, en que al parecer nada sistemático se ha fundado ni en el órden pictórico, ni en el arquitectónico, ni en el literario, ni en ninguna de las esferas de las artes. Pero nosotros encontramos grandes causas para que, existente ó no la comedia en los pasados tiempos, fuera predilecta ocupacion de los nuestros y asunto preferente de nuestros poetas: aquellas causas son, á nuestro parecer, el carácter más práctico y hasta cierto punto utilitario que afecta á todo, incluso á la literatura; la mayor importancia dada al estudio de las costumbres; los cambios más rápidos que éstas sufren; el sistema de correccion y publicidad llevado á todas las esferas; la invasion del elemento político que se entremezcla con todo otro elemento; y, para concluir con una razon puramente artística, el sistema ecléctico á que sin saberlo ni quererlo obedece con buen instinto nuestra literatura, resultando de ahí un fácil maridaje de romanticismo y clasicismo, de fondo y forma, de idealidad y realidad, de originalidad é imitacion.

Hé ahí por qué, desaparecida la tragedia, por qué maltrecho el drama histórico, viven con infinita variedad y casi conjuntamente la comedia y el drama de costumbres, aportando al teatro cuantos problemas agitan los espíritus, y buscando todo género de manifestaciones, desde la clásica de Ponsard y Scribe hasta la desnudamente realista de Dumas hijo y Sardon, y hasta los últimos escondrijos ó intersticios teatrales á donde puede refugiarse una idea, cuales son las farsas, las zarzuelas, las revistas y las grotesqueces bufas.

Ahora bien: en esta época de la comedia, el primero, el más abundante, el más español, el ménos peligroso y el más genial poeta cómico, ha sido en España *don Manuel Breton de los Herreros*.

II.

Nuestros lectores no han debido tomarnos á mala parte el que hayamos traido de un poco léjos el hilo de nuestro discurso, y el que hayamos dado por lo mismo una extension quizá desproporcionada á estos preliminares, pues, sobre ser más útiles y de mayor miga las reflexiones apuntadas que las noticias puramente personales relativas á Breton, van aquellas en honor de éste y le biografian hasta cierto punto, mientras las otras no podrian suministrar grande interés, pues Breton no ha sido un lord Byron, un Chateaubriand, un Lamartine, ni un Alejandro Dumas, en quien las aventuras ó los viajes sean tan interesantes como las obras de su genio.

En la marcha de las noticias biográficas que vamos á continuar con suma concision, tendremos en cuenta lo que han escrito sobre la materia los castizos y diligentes escritores señores Hartzenbusch y Ferrer del Rio, ya porque les suponemos muy al alcance del asunto, como amigos y compañeros de Breton, ya porque no hemos comunicado con éste, aunque tambien amigos suyos, para escribir este artículo, ya porque nos han satisfecho al cabal el juicio crítico del primero y la espontánea y gallarda narracion del segundo que, aunque escrita de encargo y priesa, reune á un cierto dulce sabor una agradable elegancia de buen tono.

Breton de los Herreros nació en Quel, provincia de Logroño, el dia 19 de Diciembre de 1796. Su primera educacion fué bajo los PP. Escolapios (de San Antonio), quienes, como es notorio, hacian rendir un subido culto al heroismo antiguo que predisponia al patriotismo moderno: así, Breton ensayó su fácil lira en composiciones patrióticas relativas á la defensa contra Francia, tomó las armas áun ántes de consentirlo su temprana edad, rindió tributo á la libertad en encomiásticas frases y ardientes discursos, y se estableció en Madrid hácia el 1824 despues de haberse retirado del servicio, desempeñado algunos destinos, y sentido algun tanto los efectos de la humillante reaccion de 1823, en donde la primera vergüenza fué sufrir la ley del extranjero armado, y la segunda tener la nacion un rey y unos realistas tan insensatos como crueles.

Desde entónces dedicóse Breton á las letras, en cuyo empeño exclusivo perseveró mucho tiempo, hasta que, muy entrada la tercera época constitucional, fué llamado á varios empleos públicos, ayuda de costa necesaria para vivir entónces la gente de pluma, lo mismo que en los tiempos de Cervantes. Su estreno teatral fué la comedia titulada *A la vejez viruelas*, desempeñada por Caprara, á que siguieron otras varias; su primera coleccion de versos sueltos salió en un lindo tomito en 1831, despues del cual fué dando á las prensas, en volúmenes aparte, algunas deliciosas sátiras, y en periódicos literarios, mil lindos juguetes que hicieron crecer la coleccion hasta llenar un gran tomo en la edicion que de todas sus obras se hizo el año 1850: todo esto fué alternando con la crónica ó revista literaria que llevó en la *Abeja* en los primeros albores del periodismo á la moderna, y con otros trabajos como los que no há mucho publicó sobre sinónimos.

La representacion de *¡Madrid me vuelen* en 1828 y la de *Marcela* en 1831, fueron, como el *Cid*, para Corneille, la base de su grande y merecida reputacion, y desde entónces se contaron sus triunfos por sus comedias, llegando á ser el ídolo del pueblo y á ganar una fama tan universal y extendida cual acertó á ganarla en sus tiempos el ingeniosísimo Quevedo. Rápidamente se sucedieron, entre otras producciones originales y traducidas acomodadas á las necesidades de las empresas, obras tan notables como *Un tercero en discordia*, *Un novio para la niña*, *Todo es farsa en este mundo*, y *Me voy á Madrid*, las cuatro dadas á la escena de 1833 á 1835: no fueron ménos fecundos los años siguientes, señalándose cinco obras nuevas en 1837, entre las cuales descuella la de *Muérete y verás*; otras cinco en 1838, distinguiéndose *El qué dirán*, y algunas en un acto de las mejores de su repertorio; otras tantas en 1839 en que se cuentan las muy notables de *Una vieja* y *No ganamos para sustos*; cuatro en 1840, siendo dos de ellas *El cuarto de hora* y *El pelo de la dehesa*, quizá la más nutrida y mejor caracterizada de las suyas; seis en 1841, con las dos bellísimas de *Dios los cría* y *Cuentas atrasadas*; tres en 1842, con la muy bien sentida *Batelera de Pasajes*; ocho en 1843, con *Un novio á pedir de boca*, *Una noche en Búrgos*, y *Un francés en Cartagena*, y cinco en 1844, con *La Independencia* y *A lo hecho pecho*: vino, en fin, un cierto eclipse parcial de este astro de la comedia, pues durante los seis años siguientes, ó sea hasta la publicacion autógrafa de todas las obras originales de Breton, que fué en 1850, sólo salieron á la luz de la escena media docena de obras, una de ellas muy propia para cerrar tan brillante y larga carrera, que fué la titulada *¿Quién es ella?*, la cual, por el múltiple alarde que hace de muy desemejantes cualidades, demuestra la firmeza y flexibilidad del talento cada vez más claro de su autor. Desde aquella á la presente época, si bien han trascurrido ya veinte años (en los cuales todo ha cambiado de faz, el público y el teatro inclusive), Breton ha producido muy poco, sea por las ocupaciones que debia de llevar consigo su plaza de bibliotecario mayor, sea por la invasion de la zarzuela y la irrupcion del género bufo, sea por el inevitable resto de achaques é intermitencias que suele traer en pos de sí la edad provecta; pero con grata sorpresa del público y con especial placer de los muchos aficionados á sus obras, volvió á aparecer en la escena con una lozanía igual por lo ménos á la de sus mejores dias, y produjo comedias tan francas y traviesas como *La Hipocresía del vicio*, y *El abogado de pobres*, representadas con gran éxito en los años 1859 y 1866.

Todas estas obras alternaron, dentro del género dramático, con cerca de setenta traducciones y refundiciones, y, fuera de él, con un razonable número de fáciles y juguetonas poesías, principalmente en el género de la letrilla, el romance jocoso y la sátira. Fueron en éste notabilísimas las diez que publicó bajo los títulos (pues todos merecen consignarse) de *El furor filarmónico*, *Defensa de las mujeres*, *Los escritores adocenados*, *El carnaval*, *La hipocresía*, *Los malos actores*, *Costumbres del siglo*, *La manía de viajar*, *El anónimo*, y *A un pretendido retrato del autor*; pero todavía á nuestro parecer saca ventaja á todas ellas, y (no se nos tome á mala cuenta) áun á sus propias comedias el encantador poema *La desvergüenza*, que, borrajeado en 1852 y publicado cuatro años más tarde, es el conjunto más bello y más rico, más fresco y más sustancial de imparciales, atrevidas y felices sátiras que se haya publicado en castellano.

Tambien dió á la prosa algunos tientos, aunque, digámoslo así, por excepcion, y de ello han resultado suficientes cabos sueltos para constituir más de un volúmen; pero ni á este linaje de escritos se consagró Breton muy de propósito, ni ellos podrian unirse lo bastante para formar una coleccion homogénea. En la *Abeja* tuvo á su cargo la crónica teatral, y nosotros hemos leido muchos de sus artículos firmados con la inicial de su apellido; pero pasó la oportunidad de aquellos folletines, sobre que aquellos artículos tampoco tienen la *vis crítica* de los de Larra para vivir mas allá de las circunstancias que los produjeron: trazó asimismo diversos cuadros de costumbres ejecutados comunmente á pocos aunque magistrales rasgos, y como buenos dibujos pueden verse en la coleccion de 1850 en que, por *apéndice* de sus poesías, tuvo el autor por bien reproducirlos: escribió otros artículos que no han gozado este privilegio de que nosotros sin embargo les creiamos dignos, y entre ellos está, si la memoria no nos es infiel en todo este párrafo, uno sobre la versificacion, que debió de publicarse en el *Liceo artístico y literario*, periódico ó publicacion que reproducia las obras aplaudidas en aquel inolvidable templo de las Musas: dió á luz tambien una coleccion de sinónimos en el periódico *La América*, ostentando en ellos como en todas sus obras su perspicacia, su agudeza y hasta su genial festivo humor: y, en fin, nosotros le hemos sorprendido meditando y escribiendo sobre un cuadernillo, ó mano, ó postela del desencuadernado *Diccionario* de la lengua, trabajando á escote con sus compañeros en esa labor ingrata y anónima de producir entre muchos sabios una obra, de gran valor oficial, pero que en el terreno libre de la ciencia vale probablemente ménos que la que da á luz un buen compilador provisto de media á una docena de escribientes.

Con toda esta ubiquidad que le hacia estar á un tiempo en el teatro, en el periódico y en la imprenta, Breton no hubiera gozado el decente buen pasar á que le daban derecho su laboriosidad y su talento, ni hubiera podido escribir sus comedias en habitacion cómoda y señorilmente alhajada como se lo pedia su instinto aristocrático, que nunca le hizo poeta de guardilla, si no se hubiera ayudado ó le hubiera ayudado el gobierno con tal cual empleo ó renta fija. Ya tuvo uno modesto en la segunda época constitucional, de que le despojó la reaccion que vino al márgen: en los albores de la nueva época liberal inaugurada á raiz de la muerte de Fernando VII disfrutó otro que no vemos señalado en sus biografías, y que debió ser en el gobierno político de Madrid, pues hemos oido hablar de ello, y con mucho honor para Breton, á los que allí fueron sus jefes, señores Olózaga y Biec.

(Se continuará.)

JERÓNIMO BORAO.

EN LAS TRINCHERAS.

Carne de cañon llamaron los franceses de 1813 á aquellos infelices jóvenes, casi niños, en cuyos labios apenas apuntaba el bozo, que las conscripciones del primer imperio arrebataban á las familias y arrojaban delante de los cañones austriacos, rusos y prusianos.

Carne de cañon ha sido y será siempre en la guerra el infeliz soldado, ya bajo las banderas del vencedor en Jena, ya bajo las del nuevo emperador de Alemania.

Por ejemplo: el sitio de Strasburgo, el de Thionville, el de Belfort, el de París,—ese cruel servicio de trincheras que ha devorado tantas vidas, dejará amargos recuerdos, recuerdos de sangre y lágrimas, en los hogares de la vieja Alemania.

Figuraos que París se halla rodeado de un ejército sitiador, numeroso y aguerrido, pero que tiene que habérselas, en primer lugar, con una imponente cintura de casi inexpugnables fortalezas, erizadas de cañones, que vomitan la muerte y el estrago desde una distancia de 4.000 metros: preciso se hace que los sitiadores construyan emplazamientos para baterías, y trincheras á campo libre,—porque no siempre hay bosques salvadores, como en Wissemburgo y Bazeilles.

Figuraos tambien que los sitiados observan, que dirigen la puntería de cien bocas de fuego hácia el punto elegido por los enemigos para la ejecucion de los trabajos preliminares del sitio, que se hace una señal misteriosa ó resuena una airada voz de mando que grita estentórea:

¡Fuego!...

Y diez, veinte, cien proyectiles salen al mismo tiempo de las fortalezas asediadas, y cruzan silbando por el aire con siniestro ruido, y estallan en medio de los desgraciados soldados que están ejecutando el servicio de las trincheras, entre las fagunas y los sacos de tierra; quizá ateridos de frio, medio enterrados en la nieve; tristes y silenciosos, pero obedientes y sumisos á la militar ordenanza; acaso con el corazon lleno de melancolía y el ánimo abatido por sombríos presentimientos, pero decididos á cumplir su deber, hasta el último instante, con heróica resignacion.

Hé ahí el asunto representado con tanta perfeccion en el grabado de la pág. 96,—cuyo dibujo es una copia exacta del natural, tomada en las líneas alemanas delante de París, en las cercanías del fuerte de Montrouge.

Es de noche: no hay una luz que anime la escena, no hay un astro en el cielo, cargado de gruesos nubarrones, que envie una ráfaga de claridad al infeliz soldado alemanes que trabaja en las trincheras.

Quizás ruge el cañon enemigo, y esparce la muerte en torno del militar obrero, que ve caer á sus pobres camaradas lanzando ayes dolientes, y tal vez silenciosos é inertes para no levantarse jamás...

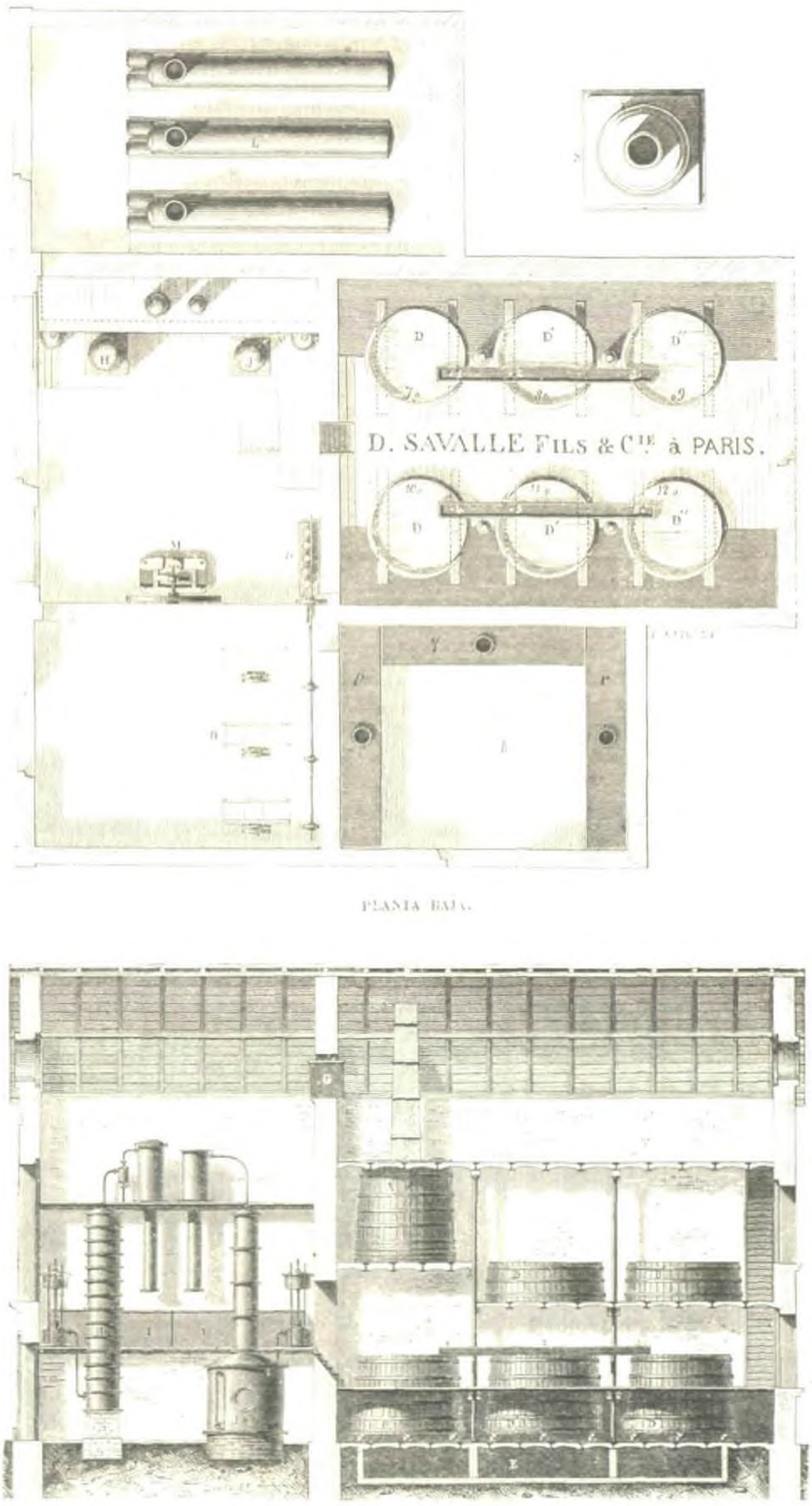
El asunto es bien digno del lápiz de un hábil dibujante y del buril de un grabador experto,—y creemos que el cuadro citado agradará á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

MECÁNICA.

DESTILADORA DE GRANOS, POR LA SACARIFICACION ÁCIDA.

Muchas veces es casi imposible, ó no tiene cuenta al agricultor, la destilacion de los granos por el sistema que hemos descrito en uno de nuestros últimos números, ya porque no se pueden utilizar los residuos, ya tambien porque á los no hallan compradores que los destinen á la alimentacion del ganado de labor.

MECÁNICA.—FÁBRICA DESTILADORA DE GRANOS (por los ácidos).



PLANTA BAJA.

SECCION LONGITUDINAL.

Lo mejor en este caso es proceder á la destilacion de los granos por medio de la *sacarificacion* ácida, tratándose especialmente del arroz, del maiz, y de cualquiera otra semilla de igual dureza, debiendo advertirse que esta operacion es más sencilla y exige por lo tanto ménos cuidados y ménos trabajadores.

En esta página ofrecemos dos dibujos que reproducen exactamente una destiladora de granos de este sistema (construida en los talleres de M. Savalle, de París), con la cual se obtienen, por medio de la sacarificacion ácida, 2.000 litros de alcohol por dia, y algunos miles de kilogramos de residuos, que son un excelente abono para las tierras ménos productivas.

Hé aquí la explicacion:

A, A'. Cubas para la sacarificacion, en las cuales las primeras materias son sometidas á la ebullicion, con agua y ácido sulfúrico ó muriático.

B, B'. Cubas para la saturacion: ésta se opera por medio del carbonato de cal, desleido en agua.

C. Refrigerante: á él pasan las primeras materias, ya preparadas, para ser sometidas á la temperatura necesaria para la fermentacion.

D, D', D''. Cubas para la fermentacion.

E. Cisterna para depositar los jugos fermentados.

f. Bomba destinada á elevar estos jugos ó vinos, hasta el depósito superior.

G. Depósito de vinos ó jugos que ha de alimentar la columna destilatoria.

H. Columna destilatoria.

I. Depósito para los alcoholes no purificados.

J. Alambique.

k. Receptáculo y depósito de alcoholes finos.

L. Generadores de vapor.

M. Máquina de vapor.

n y *m*. Bombas destinadas á alimentar los generadores, y bombas de jugos fermentados.

O. Revolvedores de granos.

p, *q* y *r*. Depósitos para los alcoholes.

S. Chimenea de los generadores del vapor.

T. Granero ó depósito del grano destinado á las cubas para la sacarificacion ácida.

1, 2, 3, 4, 5 y 6. Válvulas que señalan el colmo de las cubas de fermentacion.

7, 8, 9, 10, 11 y 12. Idem que señalan el descenso de los jugos fermentados en la cisterna.

Tal es, menudamente descrita, la destiladora de granos que representan nuestros dos grabados.

Un hábil mecánico y agricultor de Courrières, M. Tilloy-Delaune, procede de esta manera con los residuos de la destilacion: los recoge y los encierra por espacio de algunos dias en las cisternas, y cuando las sustancias azoadas se precipitan y el líquido superior es traspasado á los depósitos, procede á secar aquellos residuos por medio del aire caliente que hace introducir en la cisterna, obteniendo al cabo de algun tiempo una materia pulverulenta, de color gris negruzco, excelente guano que contiene en una porcion muy notable el fosfato y la sal de potasa, elementos que concurren, con las sustancias azoadas que tambien se hallan en los residuos de que hablamos, á la nutricion de las plantas.

Seria de desear que nuestros ricos agricultores de las Castillas, de Aragon, de Valencia y de la Andalucía, experimentasen los beneficiosos resultados de estas útiles máquinas, á fin de introducir en nuestro país esas reformas que los adelantos han hecho en la práctica agrícola.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.